

BOLSIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

"COSA NOSTRA"





eb

LOU CARRIGAN

“COSA NOSTRA”

Colección LA HUELLA n.º 61
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 45.321 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: enero, 1976

© Lou Carrigan - 1967

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

CAPÍTULO PRIMERO

Resultaba simpático. En verdad que resultaba simpático. Extraordinariamente simpático. No era demasiado alto, pero casi lo parecía, porque era más bien flaco, esbelto. Sus hombros no parecían muy anchos, ni sus brazos muy fuertes. Era como si aquella única maleta pequeña pesase mucho más de lo que él podía transportar. Se podía decir que la arrastraba. Iba por el centro de la calle, despacio, mirando a todos lados con sus negros ojos risueños, su gran bocaza varonil estirada en una sonrisa, la nariz dilatada; la nariz parecía rota por algún golpe bien aplicado. Tenía una ligera curva que delataba la ternilla rota, posiblemente en algún encuentro boxístico... Simpático y juvenil, pero no guapo, desde luego.

No, no... Guapo, no... Era de esa clase de hombres que parecen capaces de arreglarlo todo con una sonrisa, con un guiño de sus simpáticos ojos, con un gesto de la boca, con un ademán. Es decir, que era mucho más que guapo. Generalmente, el futuro de una mujer depende de su belleza. De ser guapa o fea dependen muchas cosas en su vida. Pues bien: aquél no era el caso de Sergio Leontini. Bastaba echarle una mirada para comprender que eso de ser guapo o feo tenía menos importancia que un chicle gastado. Con un rostro como el de él, con una sonrisa de aquella envergadura, maldita la falta que le hace ser o no ser guapo a un hombre.

Vestía un traje no muy bien cortado, discreto. Ni viejo ni nuevo, ni caro ni barato.

La maleta era también de las que carecían de personalidad o características especiales. Una maleta con cosas dentro, y eso era todo.

Caminaba por el centro de la calle como si todo fuese una broma

amable y divertida, mirándolo todo, sonriendo a todo, feliz la expresión, amable, casi infantil el gesto. Niños jugando, voces en italiano, hombres en camiseta, puestos de helados, ventanas abiertas... Aquél era su barrio. El viejo, abandonado, querido barrio de los italianos en Nueva York. Por encima de Chinatown, hacia el Oeste. Allí se podía oír hablar el italiano como si uno estuviera en la mismísima Roma.

Y eso era bueno, y amable, y nostálgico.

Todo era bonito, cálido, acogedor, familiar... Evidentemente, Sergio Leontini se encontraba feliz en aquel lugar. A fin de cuentas, era el retorno al barrio, a los viejos tiempos... ¿O quizá a los jóvenes tiempos?

En la barandilla de uno de los bajos edificios del barrio había cinco o seis jovenzuelos, todos con jersey blanco, algunos con pantalones cortos... Debían tener entre quince y dieciocho años. Estaban sentados allí como si el mundo les perteneciera, fumando, charlando animadamente, con mucho aparato de gestos nerviosos... Uno de ellos, de cabellos negríssimos y muy rizados, se estaba limpiando las uñas con una descomunal navaja de resorte. Parecía el mayor de todos, era muy guapo, muy brillantes los ojos, recta la románica nariz...

—Eh, eh, eh... —dijo—. Ahí llega un forastero.

Sergio Leontini oyó aquellas palabras, porque estaba apenas a media docena de pasos del grupo de muchachos. Sonrió, porque le hacía gracia eso de «forastero». En primer lugar, no lo era. Y, en segundo lugar, porque tenía buen sentido del humor, y le divertía eso de que a una persona que llegaba a Nueva York la llamasen forastero, cuando bien sabido es que Nueva York es la ciudad de las gentes que nunca se conocen.

—Parece un buen chico —dijo otro.

El que dijo esto debía tener dieciséis años como máximo. Y lo de llamar «buen chico» a un hombre hecho y derecho de veintisiete cumplidos también tenía su gracia.

—A lo mejor —apuntó un tercero— se ha creído que por aquí va a encontrar un sitio donde vivir... ¿Lo desengañamos?

A todo esto, Sergio Leontini había llegado ya ante el centro del grupo. Se detuvo allí y los fue mirando uno a uno. Dejó la maleta en el suelo, sacó un paquete de cigarrillos y lo ofreció.

—¿Quién fuma? —preguntó en italiano.

Los componentes de la pandilla se quedaron mirándolo con los ojos maliciosamente entornados. Uno le cogió el paquete, que fue pasando de mano en mano, hasta llegar al guapo de la navaja, que tras colocarse su cigarrillo entre los blanquísimos dientes, se guardó el paquete y dijo:

—Oye, dame fuego, chico.

Sergio Leontini continuó sonriendo. Sacó un bonito encendedor, de no menos de quince dólares, y cuando lo iba a encender, el guapo se lo quitó de la mano. Lo encendió, aplicó la llamita a su cigarrillo y se quedó mirando al sonriente Leontini.

—Gracias, tú. ¿Te has perdido?

—¿Perdido? —sonrió tímidamente Leontini.

—Eso digo: perdido. ¿Qué haces por estos barrios?

Mientras decía esto, se guardó el encendedor de Sergio, que se quedó mirándolo, como atónito, unos segundos. Bien estaba lo de quedarse el paquete de cigarrillos, pero el encendedor... Ya era abusar.

—Bueno... Creo que sé muy bien dónde estoy.

—Pues yo digo que te has perdido. Así que da media vuelta y sal de estas calles. Busca alojamiento en el Waldorf Astoria.

Los demás se echaron a reír. Leontini también rió, amablemente. Era de los tipos que sabían seguir una broma.

—Demasiado caro para mí... —admitió, con simpático patetismo—. Pero no desespero de poder alojarme allí algún día. Puedes quedarte el tabaco, pero no el encendedor.

—¿Qué encendedor?

—El mío, ese que...

De nuevo se rieron todos. El guapo de la navaja y tres más saltaron de la baranda que llevaba al sótano y se quedaron rodeando a Sergio Leontini, en silencio, sin mirarlo, como distraídos. El guapo se sacó un poco de mugre de una uña, con la punta de la brillante navaja.

—¿Qué encendedor? —repitió, como distraído.

Sergio Leontini encogió los hombros.

—Ninguno. Era una broma.

—Pues a nosotros no nos gustan los tipos que hacen esa clase de estúpidas bromas.

—Bueno... Entonces ya no haré más bromas. Adiós, muchachos.

Recogió la maleta, quiso dar un paso y tropezó con el pie de uno de los mozalbetes... Los demás volvieron a reír, porque pareció que el «forastero» estuvo a punto de caer.

—Oye, tú: ¿qué llevas en la maleta? —preguntó el guapo.

—Ropas. Cosas personales.

—A ver eso.

—Ah, no... Nunca me ha gustado que otras personas vean mis calzoncillos.

Ahora rieron todos de buena gana. Incluso el de la navaja, que al mismo tiempo colocó ésta, de punta, sobre el pecho de Sergio.

—Este ojal es pequeño... —aseguró—. Te lo voy a agrandar un poco si no me enseñas los calzoncillos.

—¿Los que llevo puestos? —Se espantó Sergio.

Otra risotada. Todos los jovencuelos estaban ya rodeando al recién llegado al barrio italiano. Se reían, pero lo miraban malignamente, como esperando una gran diversión inesperada.

—Eso, también... —dijo el guapo—. Pero empieza por las cosas de la maleta... A lo mejor hay algo en ella que nos gusta.

—Pero son mis cosas —dijo Sergio.

—¿Y...?

—Pues que aunque os gusten, no vais a tenerlas... A menos que seáis unos ladrones... ¿Lo sois?

El de la navaja entornó aún más los ojos.

—¡Y qué lengua más tonta tienes, tú...! —murmuró—. A lo peor se me ocurre acortarla una pulgada... A ver, sácala...

—¿La lengua? —sonrió Leontini.

—¿Qué otra cosa, si no?

Ahora, la risotada fue en verdad general, nutrida y fuerte. Sergio Leontini parecía considerar el asunto desde un punto de vista amable, amistoso. Sacó la lengua, emitiendo un suave «¡brrrrr...!». Se oyeron risas una vez más, y el guapo adelantó la navaja hacia el rostro de Leontini, no poco mosca...

Entonces, uno de su pandilla le cogió de un brazo, acercó la boca a su oído y dijo algo. El guapo desorbitó un poco los ojos, en un gesto de incredulidad. Luego se quedó mirando al «forastero».

—¿Tú eres Sergio Leontini? —preguntó.

—Sí.

—¿Hermano de Mario?

—Ecco.

El de la navaja sonrió ahora rastreramente.

—Vaya... Eres un tipo que aguanta las bromas, ¿eh? Precisamente eso era lo que queríamos saber... Aquí tienes tus cigarrillos y tu encendedor... Y bien venido al barrio, Sergio.

Sergio se quedó el encendedor, pero rehusó el paquete de cigarrillos, dando a entender que los chicos podían repartírselo. Luego se quedó mirando al guapo de la navaja.

—¿Seguimos con lo de la lengua? —preguntó amablemente.

—Lo dejaremos para otro día.

—Me parece bien... ¿Cuál es tu trabajo, muchacho?

—¿Mi trabajo? ¿Qué trabajo?

—Pues... ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—¿Y no trabajas?

—¿Para qué?

Sergio Leontini pareció perplejo. Se rascó la coronilla, por entre los revueltos y cortos cabellos negros. Por fin, se quedó mirando al de la navaja, como perplejo.

—Bueno... Verdaderamente..., ¿para qué trabajar? ¿Tampoco los demás tienen trabajo?

—Claro que no.

—¿Estáis estudiando algún cursillo de verano? ¿Aprovecháis las vacaciones para algo así? ¿Eh?

—Qué demonios... Sigue tu camino y déjanos en paz, Leontini. A la porra el trabajo y los cursillos de lo que sean... ¿No es cierto, chicos?

Los «chicos» abuchearon a Sergio Leontini, que volvió a quedar perplejo. Luego, tras encogerse de hombros, continuó caminando, medio arrastrando su maleta. Sabía muy bien qué camino debía seguir, cómo llegar por entre aquellas calles al lugar exacto que le interesaba.

* * *

Era una casa vieja, con un zaguán estrecho y oscuro. Los peldaños que llevaban al piso alto estaban ya muy rotos, astillada la madera. Y allá arriba seguía dando una pobre luz una solitaria

bombilla que siempre, inevitablemente, estaba cubierta de polvo...

Sergio Leontini subió los escalones, despacio, como si la maleta le pesara cada vez más, abatidos los hombros, encogido el pecho... Qué simpático, que buen muchacho se veía... Tímido, flojo, pacífico y sonriente.

Llamó a la puerta. Primero, tres golpes seguidos; luego, dos espaciados. Con los nudillos. Dejó la maleta en el suelo. Parecía emocionado, impaciente, nervioso.

La puerta se abrió, bajo la atracción de una mujer de unos sesenta años, cabellos grises, ojos negrísimos; menuda, frágil, tez muy blanca, boca que parecía juvenil, mirada bondadosa... Ella, apenas abrir la puerta parecía dispuesta a regresar al interior de la vivienda, refunfuñando:

—Si tienes llave, no sé por qué has de llamar a...

No acabó de volverse. En realidad, habló tanto porque ya lo iba pensando mientras se dirigía desde la cocina hacia la puerta. Se calló de pronto, y se encaró al recién llegado, muy abiertos los ojos y la boca en indudable gesto de estupor.

De pronto, lanzó un grito de profunda alegría:

—¡Sergio! ¡Piccolo bambino mio...!

Sergio Leontini abrió los brazos, adelantó un paso y abrazó fuertemente a su madre, alzándola del suelo. La mujer no sabía si reír o llorar, besando aquel simpático rostro que no era guapo y que, además, mostraba rota la ternilla de la nariz.

—Mamma... Mamma..., ya está bien...

—Mi Sergio... Mi pequeño Sergio... ¡No puedo creerlo!

—Pues aquí estoy, mamma. Tu pequeño Sergio ha venido de visita... ¿Creías que era Mario quien llamaba?

—Sí... ¡Sí! El no viene a estas horas, pero... ¡No es verdad que tú estés aquí, bambino...!

Sergio Leontini dejó a su madre en el suelo y se quedó mirándola de aquel modo que podía romper el corazón de cualquiera.

—Es verdad, mamma. Casi cinco años lejos de casa... Y de pronto me dije: «Sergio: ¿por qué no vas a visitar a la mamma durante estas vacaciones? Ya has estado en muchos sitios, has visto mundo... ¿Por qué no pasar estas vacaciones con la vieja y querida mamma? Nueva York es grande y fea, pero la mamma es menuda y

hermosa... Por verla, bien vale la pena volver allá, al viejo barrio de la niñez...». ¿Estás bien, mamma? ¿Estás bien?

—¡Estoy bien! —rió María Leontini—. ¡Y ahora aún me siento mucho mejor, Sergio! ¿Has almorzado?

—No, mamma.

—¡Te preparo carne en seguida! ¡Y spaghetti, y vino...! Santa Madonna..., ¡mi pequeño Sergio ha vuelto...!

* * *

—Estás muy flaco... —dijo María Leontini—. No deberías trabajar tanto, Sergio.

El simpático Leontini bebió un trago de vino, chascó la lengua y se quedó mirando el vaso, sonriendo.

—Este vino es italiano... —dijo, con firmeza—. ¿Non é vero, mamma?

—¡Es verdad! —rió ella—. ¡Es un estupendo vino italiano, Sergio! No lo hay mejor en toda Nueva York.

—Pues... Debe ser bastante caro, ¿no?

—¡Nos sale muy barato! ¿No sabes? Tu hermano es ahora un gran almacenista de vinos importados de Italia... Tiene un almacén enorme... Cada semana recibe cientos de toneles de vino de nuestra Italia... Está ganando mucho dinero ahora, Sergio...

—Bueno... Creí que trabajaba de chófer para aquella compañía de maquinaria que...

—¡Eso fue antes...! Hace unos meses que se estableció por su cuenta, en un gran almacén... Estamos prosperando mucho, piccolo.

—Eso es bueno... —sonrió Sergio—. Muy bueno, mamma. No es que quiera recordártelo, pero os he enviado algo de dinero... No mucho, ya lo sé... Quiero decir, que con lo que yo os enviaba desde California, no parece que hubiera suficiente para ahorrar y comprar un almacén de vinos...

—Ha sido un préstamo... —sonrió María—. Un préstamo de un amigo de tu hermano. Le dejó el dinero para el almacén, y le facilitó compradores americanos, y exportadores italianos... Mario dice que estas ocasiones se presentan una vez en la vida.

—Y él la ha cogido por los pelos... —sonrió Sergio—. ¿Qué clase de préstamo ha sido ése? ¿En qué condiciones?

—No sé exactamente... ¡Muy buenas, eso sí! No hay prisa en

devolver el dinero, no hay preocupaciones... Ha sido una gran suerte.

—Claro... —sonrió Sergio—. ¿Quién le ha prestado el dinero a Mario, mamma?

—Luigi Pieronte. Tú no le conoces... Llegó al barrio después de tu última visita. Es un hombre muy educado, y muy amable. Tiene relaciones comerciales con Mario, y los dos están contentos. Los negocios van muy bien...

—¿Qué negocios?

—Pues... —Mamma María se desconcertó—. Los del vino, claro...

—Ah... Bueno... —sonrió Sergio—. Ya sabes lo que ocurre, mamma. En cuanto un italiano empieza a tener suerte y ganar dinero, los demás dicen que pertenece a la Mafia...

—¡Sergio! —Palideció su madre.

—O a la Cosa Nostra; esa... hermanita de la Mafia que quiere volar con sus propias alas a veces... Espero que Mario no se haya metido en ningún lío, mamma.

—¿Ma... Che cosa...? Sergio: ¿qué estás diciendo?

—No me hagas caso. Tú ya sabes: yo trabajo en California, y allá hay mucha gente importante y con dinero que, tarde o temprano, resulta más o menos relacionada con la Mafia... Creo que estoy un poco influenciado por esas cosas... En cuanto me dicen que a alguien le va bien, las ideas se me van hacia la Mafia y la Costa Nostra... Pero eso es una tontería en el caso de Mario, mamma: mi hermano mayor siempre fue un hombre serio y honrado. Estoy seguro de que todo es bueno en ese negocio de los vinos italianos.

—¡Claro que sí! —exclamó la madre—. ¿Cómo se te ha podido ocurrir...?

Sergio Leontini bebió otro trago de vino. Luego sonrió.

—Cualquier hombre sería un idiota si se complicara la vida teniendo un vino como éste a su disposición... ¿Tengo sitio en la casa, mamma?

—¡Sitio! —musitó María—. Siempre tendrás tu habitación disponible, bambino... Siempre, en esta casa, tendrás sitio. Todo el que quieras... Espera que Mario sepa que estás aquí: te amenazará con romperte algunas costillas si no te quedas por lo menos un mes.

Sergio se echó a reír.

—¡Supongo que sigue tan bruto y tan fuerte...! Que yo recuerde, nunca nadie pudo ganar a Mario en todo el barrio... ¡La de palizas que me ahorró sólo con su presencia! Ah... El gran Mario... Mario Leontini, el más fuerte, el más astuto golfillo del barrio italiano... Por cierto: parece que es muy conocido ahora, mamma.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando venía hacia aquí, unos cuantos muchachos se metieron conmigo... Querían robarme el encendedor, el contenido de la maleta... Yo lo comprendo: no parezco precisamente un luchador, ¿verdad? Y visto como un chupatintas... Lo que soy, claro... Cuando me vieron, empezaron a reírse de mí, me querían quitar mis cosas... Entonces, uno le dijo algo a otro, y éste me preguntó si yo era hermano de Mario... Cuando le dije que sí, todo fue bien. Me devolvieron el encendedor, me dejaron marchar en paz... ¿Y quieres que te diga una cosa, mamma? Me habría gustado encontrar pelea, romperle la cara a alguien, llegar aquí con una ceja partida, un diente roto, un ojo hinchado... Me habría gustado pelear... Pero se dijo el nombre de Mario, y ya tuve camino libre.

—Nunca..., nunca tuviste celos de tu hermano, Sergio... ¿Los vas a tener ahora?

—No, mamma. Siempre tuve ojos para ver: Mario es más alto, más guapo, más... dinámico... Yo sé ver estas cosas, y las acepto. Quiero a mi hermano, a ese Mario grandote y cariñoso que me salvó las narices cientos de veces... Lo querré siempre. Recuerdo una vez... Yo tenía quince años, y él casi veintidós... Me había enamorado de una chica y llegó él, le sonrió, y yo me quedé solo... Cuando le dije que era un ladrón de novias, Mario se echó a reír, y me dijo que aquella ragazza era una pájara de cuidado, y que él la había enviado adonde merecía. Yo me enfurecí y le pegué... Empecé a pegarle con tanta fuerza, que casi se me rompieron las manos. Mario se quedó quieto, hasta que me cansé. Y entonces; con sangre en la boca y en la nariz, me sonrió y me dijo que cualquier día, cuando yo tuviera más de veinte años, lo entendería... Y ya tengo veintisiete, mamma. Sigo siendo un muchacho flojo, pero tengo edad para comprender lo que él quiso decirme.

—¿Y no le guardas rencor? —sonrió María.

—¡No! —rió Sergio—. ¡Eso nunca, mamma!

—Sin embargo, a los quince años te fuiste de casa..., después de

aquello. Y desde entonces, piccolo, ¡te hemos visto poco...!

—No me fui por aquello, mamma. Es que comprendí que yo era... un muchacho tonto, que debía ver mundo, conocer a la gente, salir de un lugar donde un hermano maravilloso lo resolvía todo, a las buenas o a las malas... Tenía que ser yo mismo, tener mi vida propia...

—¿Cómo vives en California?

—Bien... Bastante bien.

—Sí, ya sé que te sobra dinero... No mucho, pero a veces, esos dólares que nos enviabas nos han sacado a Mario y a mí de algunas dificultades, no creas... Yo habría querido visitarte, pero...

—Ya te decía en mis cartas que casi nunca paro en casa. Tengo que viajar de un lado a otro... Por eso os escribí indicándoos un apartado de Correos para que me escribierais allí. Cada vez que vuelvo a Chula Vista de uno de mis frecuentes viajes, voy a Correos, recojo mi correspondencia, la contesto... Casi nunca estoy en casa. Tengo que viajar, pasar cuentas en las distintas sucursales de Chula Vista Fruits, Ltd... Soy una especie de... contable móvil de la compañía. Me va bien, de veras. Bueno... No tanto como grité al marcharme de aquí, pero... digamos que no estoy disconforme con mi suerte. Ya sé que otros han conseguido mucho más que yo, en doce años de buscarse la vida lejos de casa, pero... cada uno es cada uno. Yo nací para ser un muchacho flojo, tímido, y con buena cabeza para los números... Sólo eso, mamma. Y ya aprendí a aceptar las cosas tal como son.

María Leontini sonrió dulcemente.

—No todos van a ser presidentes de Estados Unidos... —musitó—. Y es bueno que un hombre sepa conformarse con su suerte, Sergio. Ésa es la clase de personas que siempre tienen buenos amigos...

—¡Hablando de amigos...! —rió Sergio—. ¿Qué tal le va la vida a Salva? Oh, bueno, ya sabes, me refiero a Salvatore Rossi, mi compañero de... ¿Qué ocurre, mamma?

—¿No sabes lo de Salvatore? —musitó María.

—No...

—Fue una desgracia... Una verdadera desgracia, Sergio...

CAPÍTULO II

Sergio Leontini se detuvo delante de la puerta, vacilante. Notaba aquel nudo en la garganta, aquella opresión en el pecho... Bien cierto es que el tiempo pasa, y que para muchos, es como un hachazo que parte todos sus sueños juveniles. El tiempo pasa, corta, destruye, rompe, aniquila... Pocos quedan en pie. Pocos resisten el paso del tiempo sin tener nada que lamentar. Si se piensa en tiempos pasados, siempre inevitablemente se llega a la conclusión de que, en efecto, cualquier tiempo pasado fue mejor.

Llamó a la puerta, por fin.

Ésta se abrió y Sergio Leontini notó como un fortísimo impacto en el pecho. Como un golpe rudo, fuerte, tremendo, que casi le hizo tambalear.

—¿Está... está Salva...?

La muchacha que tanto le había impresionado se quedó mirándolo fijamente, con tantos parpadeos pensativos, como si quisiera saber por sí mismo qué clase de persona tenía delante. Era casi tan alta como Sergio, de cuerpo esbelto, prieto, cintura delgadísima, flexible y tierna; las caderas eran amplias, en cambio; y los senos altos, erguidos, menudos en una exacta proporción... Todo su cuerpo parecía prieto y elástico a la vez. Tenía la piel dorada, los cabellos castaños, los ojos color miel, muy grandes, rasgados, dulces, expresivos. El pensamiento de que jamás había visto una muchacha tan bonita pasó velozmente por la mente de Sergio.

Ella había tenido una cierta expresión asustada al abrir, pero al verlo se tranquilizó. Con aquel lento parpadeo abarcó a Sergio de una sola mirada y pareció rendirse a la evidencia de aquel simpático rostro honrado, de expresión diáfana, amable, algo

tímida... Lo cierto fue que aquel cambio de miradas fue como un choque entre dos fuerzas que se funden, que se aniquilan una a la otra... O que se fortalecen una con otra.

—¿Quiere usted verle? —musitó la muchacha.

—Sí... Sí, quisiera verlo, hablar con él...

—¿Quién le digo que está aquí?

—Sergio.

—Sergio..., ¿qué más?

—Sergio.

—Se lo diré... Pase, por favor.

Sergio Leontini entró en el apartamento. Lo conocía muy bien. Todo estaba igual..., exactamente igual que doce años antes. Era como si el tiempo no hubiera pasado. Sólo que sí había pasado. Y habían ocurrido cosas. Muchas cosas. Todo igual, sin embargo: un apartamento pobre, con poco sol... Por una de las ventanas se veía la calle: chicos corriendo, jovencuelos en camiseta, un cop paseando lentamente, los coches usados, el bullicio que parecía revuelto con sol, asfalto y sudor. Como si nada hubiera cambiado. Como si...

La muchacha reapareció, de pronto. Se quedó mirándolo curiosamente, con extraña expresión casi mortificada.

—Sergio.

—¿Sí? Diga...

—Salvatore está... durmiendo. No puede recibirle.

—Oh... Bueno, entiendo... Volveré por la tarde...

—Será mejor que no. También estará durmiendo.

—Bien... Entonces, vendré por la noche.

La muchacha bajó la mirada, casi sonrojándose.

—Por la noche también duerme.

Leontini sonrió. Pero de un modo diferente. Quizá entre irónico, frío, desconfiado...

—Las noches se han hecho para dormir, desde luego. Pero si Salvatore duerme durante el día, podrá recibirme por la noche... ¿No le parece?

—El siempre... siempre duerme... No podrá recibirlo, no está bien, y tiene... tiene que descansar mucho...

Sergio se tocó la rota nariz, pensativo. Pareció que la muchacha quedaba un poco hipnotizada con aquel gesto, con aquella simpática nariz de boxeador que no encajaba en absoluto con el

aspecto amable y pacífico de Sergio Leontini.

—Creo —dijo Sergio— que voy a verlo ahora mismo... Sí: eso es lo que voy a hacer.

La muchacha se envaró. Quiso tapar con su cuerpo el hueco de la puerta.

—¡Está durmiendo! —protestó.

Leontini se acercó. Se quedó mirándola amablemente. De pronto, la sujetó por los bonitos, finos, frescos brazos desnudos, y sonrió de aquel modo que desarmaba a cualquiera.

—No mienta más, pequeña. Sé que Salva está ahí, y yo voy a verlo. ¿Va bene?

—Sí... Sí que está, pero... pero durmiendo...

—Al decir que sé que está ahí, he querido decir que sé que está despierto.

La apartó suavemente y entró en el dormitorio. En seguida vio la cama, y al hombre que estaba en ella; pero con alguna dificultad, ya que las persianas estaban cerradas. Fue a ellas, las abrió y se volvió hacia la cama, sonriendo amistosamente, casi cariñosamente.

—Hola, Salvatore.

Salvatore Rossi se quedó mirándolo, con expresión mortificada. Era un muchacho de rostro muy bello, cabellos negros y muy ondulados, mirada inteligente y viva. Debía tener la edad de Sergio, pero unas condiciones físicas muy superiores; anchos los hombros, recio el cuello, grandes las manos...

—Hola, Sergio.

Leontini acercó una silla junto a la cama y se sentó. Se quedó mirando a su viejo amigo, al que años atrás había correteado con él por el barrio italiano, siempre riendo... Salvatore Rossi: el único chico del barrio que había sido capaz de hacer frente a Mario Leontini.

De pronto, Sergio dio una palmada en uno de aquellos hombros anchos, duros como roca.

—Me alegro tanto de verte, Salva... Además, estoy dispuesto a ayudarte.

—Yo también me alegro de verte, Sergio —musitó Rossi—. Perdona que le dijera a Ángela que...

—No importa. Yo entiendo eso, Salva... Es muy duro estar paralizado en una cama, a los veintisiete años, con una vitalidad

como la tuya. Pero lo arreglaremos, ya verás.

—¿Arreglarlo? ¿Cómo?

—Habrà algún medio. ¿Quién es Ángela?

—Es mi hermana menor.

Sergio alzó las cejas, se volvió hacia la muchacha, que estaba en la puerta del dormitorio, y le sonrió. Volvió a mirar a Salva.

—No la conozco... ¿Cómo es eso posible, Salva?

—Estaba en Italia... Hace un par de años, las cosas me iban muy bien, y la hice venir. ¡Ojalá no lo hubiera hecho!

—Bueno... —sonrió simpáticamente Sergio—. Creo que no estoy de acuerdo contigo. Y tengo la impresión de que Ángela también se está alegrando de haber venido a Estados Unidos... ¿No es cierto, Ángela?

La muchacha sonrió tímidamente, un poco sonrojada, pero aguantando la amable mirada del contable móvil de la Chula Vista Fruits.

—Me alegro de estar aquí, porque así puedo atender a Salva.

—Claro... Bien: ¿no hay café en casa de los Rossi para un Leontini? ¿Tanto han cambiado las cosas? Cuando mamma me contó lo que sucedía, apenas terminé de almorzar, para venir. Lo menos que merezco es un poco de café.

Salvatore miraba ahora con cariñosa sonrisa al amigo de la niñez.

—Ángela, tráenos café, ¿quieres?

—En seguida.

Sergio se volvió una vez más, para mirar a Ángela, saliendo del dormitorio. Y otra vez volvió a mirar a Rossi. Ahora, fijamente, con un extraño destello serio y duro en el fondo de sus amables ojos. Encendió dos cigarrillos, dio uno a Salvatore y musitó:

—Ahora, cuéntame lo que pasó, Salva.

—Tu madre ya te habrá contado...

—Deja tranquila a la pobre e ingenua mamma Leontini —sonrió secamente Sergio—. ¿Cómo fueron exactamente las cosas?

—Me atropelló un automóvil.

—¿Y qué más?

—Algo quedó mal en mi espalda. Y... aquí me tienes, parálítico.

—¿No hay médicos en Estados Unidos?

—Son muy caros —susurró Salva.

—¿Eso es todo? ¿Cuánto necesitas?

—Bueno... No sé... Mucho dinero.

—¿Diez mil? ¿Veinte mil? ¿Cincuenta mil...? ¿Cuánto, Salva?

—¿Tú tienes... cincuenta mil dólares?

—No pienses en eso. Dime la cantidad y yo haré el resto.

Rossi se quedó mirando a su amigo, fijamente, penetrantes sus negros e inteligentes ojos. Al fin, asintió con la cabeza.

—Sé que me dejarías ese dinero..., que me lo regalarías incluso, Sergio. Y te lo agradezco. Pero las cosas están bien como están. No necesito moverme de la cama. Estoy bien aquí.

—¿De qué vives, Salva? ¿Trabaja Ángela?

—No, no...

—¿De dónde sacas el dinero para vivir?

—Bueno... Algunos amigos me ayudan...

—¿Te pasan una cantidad al mes, al año, a la semana...? ¿Por qué lo hacen? ¿Y quién te lo pasa, Salva?

—¿De qué estás hablando?

—¿Quién te atropelló con el auto?

—No sé... Se dieron a la fuga.

—Ah... Te dejaron tendido en la calle, arrollado. Fea cosa. Pero al menos, ahora tienes dinero... ¿Cuáles son los amigos que te ayudan?

—Pues... Varios.

—¿Cuáles? Seguramente, los conozco a todos, Salva. Si son de los que te ayudan, tienen que ser viejos amigos nuestros. ¿Cuáles son, Salva?

—Emm... No recuerdo en este momento.

Era completamente absurdo, y los dos lo sabían. No se olvida el nombre de los viejos amigos nunca. Y menos, cuando esos amigos demuestran serlo de verdad en momentos de apuro.

—¿A qué te dedicabas cuando ocurrió el accidente? —musitó Sergio.

—Bueno... A nada determinado...

—Sin embargo, las cosas te iban muy bien, ya que hiciste venir a Ángela de Italia... ¿No es así?

—Sí... Me iban bien.

—¿No ahorraste?

—No, no...

—Dime sólo una de las cosas que hacías para ganar dinero. Salva. Sólo una de las cosas.

—Pues... Bueno, vendía transistores y cosas así...

—¿En qué casa estabas empleado?

—No recuerdo.

—Hace poco más de dos meses que estás así... ¿Y no recuerdas la casa para la que estabas trabajando hace dos meses? Tienes una memoria pésima, Salva. Dime una cosa: ¿alguien vio el accidente?

—No sé.

—¿No sabes de nadie del barrio, o del lugar donde ocurrió el accidente, que estuviera allí, y luego declarase respecto a lo sucedido?

—Nadie dijo nada. Nadie vio nada.

—Bien... Ya nos ocuparemos de eso. Por el momento, conviene dedicamos a buscar un médico, o un hospital, donde puedas ser atendido...

—¡No! Ya te he dicho que estoy bien aquí y así, Sergio.

—No podrás vivir siempre de la ayuda de los amigos. Y Ángela, por mucho que trabajase, pasaría momentos difíciles. Además, si trabajase fuera de casa, no podría cuidarte... ¿No te parece una buena solución intentar curarte y volver a la vida?

—Sólo quiero que me dejen en paz, Sergio. Pero...

—¿Pero...?

—¿Realmente harías algo por mí?

—Lo que sea.

—Yo... ¿Te gusta Ángela?

Sergio Leontini alzó las cejas, asombrado.

—Hombre, Salva... Bueno, la verdad es que sí me gusta. Es muy bonita, qué duda cabe. ¿Por qué lo preguntas?

—Sergio, hazlo por mí: cástate con Ángela, llévate lejos de aquí, para siempre... Muy lejos. Mira... Aunque no te cases con ella, llévate.

Leontini se quedó mirando astutamente a su amigo, a través del humo de los cigarrillos.

—¿Temes que a ella también la atropelle un auto... o le ocurra algo peor? —murmuró.

—Sergio, llévate, te lo suplico... Ahora... Hoy mismo.

—Verás... La idea de casarme con Ángela es buena —sonrió

Sergio—. Una hermosa idea, de veras. Pero eso no arreglaría nada, Salva. En primer lugar, pienso estar de vacaciones en mi viejo barrio durante una semana, o dos... En segundo lugar: ¿cuánto crees que tardaría la Cosa Nostra en encontrar a Ángela, por lejos que la llevara?

Salvatore Rossi palideció intensamente. Pareció recibir un tremendo golpe que lo aturdió. Abrió la boca, pareció dispuesto a decir algo... y la cerró bruscamente cuando Ángela apareció en el dormitorio con el café en una bandeja.

—¡Bien! —exclamó alegremente Sergio, poniéndose en pie—. Espero que una preciosa muchacha no tenga mala mano para el café... ¿Crees que puedo arriesgarme a tomarlo, Salva?

—Ángela hace muy buen café —musitó el inválido.

—¡Magnífico!

* * *

Después de tomar el café y un poco de *brandy*, Leontini se empeñó en ayudar a la muchacha a llevar el servicio a la cocina, a pesar de las protestas de Ángela.

Pero Sergio tenía un carácter firme, según parecía, y si había dicho que iba a ayudarla, era porque pensaba hacerlo.

—Esto es corriente y normal en América —sonrió él, ya en la cocina ambos—. ¿Hace mucho que llegaste de Italia?

—Poco más de año y medio.

—Ajá... Esto parece como los viejos tiempos de las grandes emigraciones. La pregunta es obligada: ¿te gusta América?

—Sí.

—¿Y este barrio?

—Claro.

—Claro... —sonrió Leontini—. Hay muchos italianos, y todo parece como un pequeño trozo de Italia. Pero ¿no preferirías vivir en una casita blanca, de tejado rojo, persianas verdes, con un jardín grande, con muchos árboles, una pequeña piscina, garaje...?

—¡Oh, sí me gustaría, sí...!

—Bueno... Yo tengo una casita así en Chula Vista, California.

Ángela Rossi se quedó mirándolo vivamente, como sobresaltada. De pronto, volvió a sonrojarse. Tenía mucha facilidad para ello, pero era evidente que no se debía a exceso de timidez, ni mucho

menos, a gazmoñería mal entendida. Se sonrojaba deliciosamente, y eso era todo. Era un modo como otro cualquiera de hacer comprender que algo le agradaba.

Sonriendo, Sergio señaló los platos y las tazas.

—Tú lavas y yo seco —organizó—. Y mientras tanto podemos charlar. Por ejemplo: ¿conoces a las personas que visitan a Salvatore?

—Algunas.

—Supongo que mi hermano viene de cuando en cuando.

—¿Mario? Sí... Sí viene...

—¿Os dio dinero?

—¿Mario? No...

—Pues vaya un cochino tacaño... —refunfuñó Sergio—. Entonces, ¿quién os da dinero?

—Llega en un sobre, que encontramos en el buzón.

—Ah... ¿Quién lo envía?

—No sabemos. Salvatore dice que son sus amigos, que no quieren humillarlo entregándoselo en mano, que así lo hacen con más delicadeza.

—Claro... ¿Cuánto os envían cada vez?

—Sólo hemos recibido ese sobre dos veces. Quinientos dólares cada vez.

—¿Tú sabes para quién trabajaba tu hermano?

—No...

—Pero mencionaría algún nombre alguna vez, diría algo, haría comentarios sobre su trabajo...

—Sí... Algunas veces lo llamaban por teléfono...

—¿Quién?

—Oh, varios hombres...

—Debes recordar algún nombre, claro.

—Dos o tres... El los mencionaba en la conversación... Enrico, Giovanni... Y uno americano, llamado Waldon...

—¿No venían nunca por aquí?

—Alguna vez; esperaban a Salvatore en la calle, en un coche... Pero había otros también. Salvatore tiene muchos amigos.

—Eso parece... ¿Sabes si esos hombres son del barrio? Quiero decir si ahora viven por aquí...

—No sé. Pero Salvatore, cuando se marchaba pronto algunas

veces, me dejaba encargado que si le llamaban dijeran que ya los vería en el Caffé Tecnicolare. Es un bar que está...

—Conozco bien este barrio —sonrió Sergio—, de manera que sé dónde está el Tecnicolare. A veces va gente poco recomendable por ese café... Hace años, se decía que iban algunos componentes de la Mafia, de cuando en cuando... ¿Acaso Salvatore tiene algo que ver con la Mafia?

Ángela se quedó mirándole con expresión sobresaltada.

—¡Claro que no!

—¿Y con la Cosa Nostra? Lo digo porque...

—¡Salvatore no tiene nada que ver con eso!

Sergio Leontini se quedó mirando amablemente a Ángela, con una extraña sonrisa en los labios.

—Bueno... No tienes por qué enfadarte conmigo, Ángela. Sólo te hago preguntas con buena intención... ¿Acaso tendría algo de raro que un italiano perteneciera a la Mafia o la Cosa Nostra?

—Salvatore, no.

—¿Y nunca habló de ellas?

—No.

—¿Ni siquiera de las cosas raras que se dicen sobre la Cosa Nostra?

—¿Qué cosas... raras?

—Bueno... No digo que esto ocurra aquí, cerca de nosotros... Pero la Cosa Nostra, según parece, tiene ahora un sistema especial de eliminar a las personas que no son de su agrado. Leí en un periódico que un grupo de la Cosa Nostra había burlado a la policía, escamoteándole un cadáver en las propias narices. Y parece que son varias las personas que son tan... hábilmente escamoteadas. Y esto, Ángela, según los periódicos, está ocurriendo aquí, en Nueva York. ¿De verdad no lees los periódicos?

—Casi..., casi nunca...

—Mal hecho. Sabrías, si lo hicieras, que este barrio, en el que siempre hubo muchas personas honradas, tiene su parte de mala fama. ¿Sabes que no hace mucho mataron a un hombre, unas calles más arriba?

—No... No lo sabía...

—Pues se habló de ello. Se dice que era un policía, o algo así. Lo acribillaron a balazos... Muy discretamente, eso sí: con silenciador.

Y como el hombre no estaba solo, sus compañeros intervinieron... Y todo lo que ocurrió fue que, en cuatro manzanas solamente, el cadáver de aquel policía, o lo que fuera, desapareció... ¿Salvatore no te habla nunca de estas cosas?

—No... Nunca...

—Quizá haga bien —suspiró Leontini—. ¿Por qué complicarse la vida pensando el modo en que un cadáver puede desaparecer en cuatro manzanas de casas pequeñas? ¿Ya no hay nada más que secar...?

—Está ya todo.

—Bien... Entonces, creo que iré a despedirme de Salvatore. Ya volveré por aquí otro rato... ¿O prefieres que no vuelva?

Ángela Rossi parpadeó, de aquel modo lento, suave, sonrojándose una vez más.

—Me gustaría que volvieses —musitó.

Leontini se quedó mirándola, fruncido el ceño como quien se pregunta qué cosa rara le está pasando.

—Iré a despedirme de Salvatore —repitió, en un susurro—. Tengo que ir a ver a Mario, que se pondrá furioso conmigo por no haberlo ido a ver antes que a nadie...

—Pero ¿volverás esta noche? —musitó Ángela.

Sergio se quedó mirando los sonrosados labios entreabiertos, frescos, húmedos, tiernos. Ladeó un poco la cabeza y se inclinó. Ángela cerró los ojos y quedó quieta como una estatua, conteniendo el aliento. Permaneció así cuando Sergio, tras haberla besado tan ligeramente que apenas si hubo contacto, dijo, ya en la puerta de la cocina:

—Espero poder volver, Ángela.

CAPÍTULO III

Mario Leontini alzó la cabeza, fruncido hoscamente el ceño, cuando aquella mano cayó sobre los papeles en los que estaba trabajando.

—¿Qué dem...?

Quedó estupefacto, con la boca abierta, fijos los ojos en el sonriente rostro de nariz simpáticamente rota. De pronto, se puso en pie, derribando la silla y alzando los brazos en alegre gesto.

—¡Sergio! —gritó—. ¡El renacuajo de Sergio...!

—Je, je —hizo Sergio, emocionado.

Su hercúleo hermano le echó los brazos encima, rodeándolo, estrujándolo, aporreando fuertemente la flaca espalda.

—¡Santa Madona...! ¡El pequeño Sergio nos visita después de un montón de años...! ¡No creo lo que ven mis ojos! ¿Come andiamo, bambino? ¿Va bene? ¿Tutto bene?

—Iba bien hasta ahora —se quejó Sergio, sonriendo—. Pero cuando dejes de «abrazarme» tendrán que llevarme al hospital, Mario.

Mario Leontini se echó a reír y se dedicó ahora a palmear el flaco y huesudo hombro de su hermano menor, mirándolo con un afecto y una emoción tan sinceros, tan conmovido, que Sergio sintió que su emoción aumentaba.

—¡El bambino de los Leontini...! ¡Hey! ¿Has visto a mamma?

—Claro. He almorzado con ella.

—¡Ma ché cosa...! ¿Por qué no me llamaste? ¡Habría ido a almorzar con vosotros! ¡Mamma debió llamarme por teléfono, avisarme...!

—Le dije que te dejara trabajar. Además, quería darte una sorpresa.

—¡Y qué sorpresa, mamma mía...! ¿Vuelves a casa? ¿Eh, Sergio?

¿Vuelves a casa para quedarte?

—Sólo tengo unos días de vacaciones.

—Pero ¡qué vacaciones ni qué...! ¡Todo empieza a ir muy bien a los Leontini ahora, bambino! ¡No volverás a tu empleo! ¡Yo te daré uno mejor...! ¡Qué empleo ni qué...! ¡Seremos socios! Se me rompe la cabeza cada vez que tengo que manejar estos papelotes... ¡Te quedarás aquí, con mamma y conmigo! ¿Eh? Tú pondrás la cabeza, y yo trabajaré con toda mi alma... ¡Eso haremos, bambino!

—Te lo agradezco... —rió Sergio—. Pero me gusta mi empleo.

—¿Cuánto te pagan? ¡Yo te pagaré el doble! ¡Ma ché cosa...! ¡No será un sueldo, sino una participación de todo...! Lo que es de un Leontini es de todos los Leontini... ¿Non é vero, bambino?

—E vero, Mario... Pero no lo hago por dinero, te lo aseguro: me gusta mi trabajo, y no quiero dejarlo.

—Pero ¡aquí harías lo mismo...! ¡Números y más números, eso es lo tuyo...! ¡Tendrás todos los números que quieras! ¡No puedes negarte a quedarte con nosotros ahora que todo va bien!

—Lo pensaré —sonrió Sergio, apaciguador—. Bueno, sigue con lo tuyo, Mario. Te estaré esperando por el almacén, para volver juntos a casa... ¿Bene?

—¡No! ¡Yo te enseñaré el almacén! ¡Al demonio los números...! Yo te enseño el almacén, y mañana vienes tú a ayudarme en esto... ¡Así te irás poniendo al corriente!

—Eres un aprovechado —rió Sergio—. De acuerdo: mañana vendré a echarle una mano con los números.

—¡Bravo!

Mario Leontini empezó a golpear de nuevo a su hermano, riendo. La diferencia entre ambos hombres era notable, ciertamente. Mario era más alto, más guapo, ancho de hombros, atlético. Le llevaba cuatro pulgadas a Sergio, que se veía menudo a su lado, delgado, seco como una varilla de acero... Todo eso, a pesar de medir casi los seis pies y no ser decididamente un alfeñique. Pero, junto a Mario, era fácil para cualquiera parecer menudo y flaco, desnutrido.

Siempre riendo, Mario Leontini sacó a su hermano de la cabina de cristales donde tenía instalada la oficina, empujándolo a manotazos hacia el almacén, indicándoselo todo. Era una nave grandiosa, con salida para camiones por detrás, grúas, cientos de

toneles de vino italiano, cajas con embotellados... El techo era muy alto, con grandes claraboyas de cristal.

Entre explicación y explicación, Mario Leontini lanzaba algunos gritos a sus empleados, no menos de veinte, que apartaban toneles, los agrupaban, los marcaban... Al fondo, se veían dos enormes camiones.

* * *

—¡Y se resiste a ser socio de todo eso, mamma! —Gruñó Mario—. Me parece que nuestro bambino se ha vuelto tonto de tantos números.

—No le acoses tanto, Mario —dijo María—. Sergio es ya mayor, y sabe lo que le conviene, supongo.

—¡Qué ha de saber...! Se pasa la vida viajando por ahí, siempre metido entre números... Yo le ofrezco todos los números que quiera y además estar con nosotros.

—Déjalo tranquilo. Sergio ya no es un niño, Mario.

—¡Pero...!

—Bueno, bueno —alzó las manos Sergio, sonriendo—. Ya he dicho que lo pensaré, ¿no es cierto? Además, entiendo que ya tienes un socio, Mario.

—¿Yo? ¿Un socio yo? ¿Quién?

—Pues un hombre llamado Luigi Pieronte... ¿No?

—Luigi no es mi socio, precisamente. Él me ha prestado el dinero, me ayuda proporcionándome clientes y proveedores...

—¿Y por qué lo hace?

—Porque... Pues... ¿Por qué lo hace? —Mario parpadeó—. Bueno, él también está metido en el negocio de los vinos, y supongo que ha hecho lo que mejor le ha parecido.

—¿No habría sido mejor que pusiera él mismo el almacén?

—¡Para él sí que habría sido mejor, pero no para mí!

—¿Es tonto el señor Pieronte? —sonrió Sergio.

—Emmm... ¿Tonto? ¡Claro que no!

—¿Cuánto te ha prestado?

—Bueno... Entre unas cosas y otras, unos... cien mil dólares.

Sergio Leontini se quedó mirando estupefacto a su hermano mayor.

—¿Y todo eso por nada? ¿Sin garantías...?

—Mario Leontini es una garantía muy buena —dijo Mario.

—Lo sé... ¿Te conté que unos golfos se metieron conmigo, y que cuando se enteraron de que era tu hermano casi me pidieron perdón? Siempre fuiste alguien en el barrio, Mario, lo sé. Pero cien mil dólares son muchos dólares. Y... no es que yo me las dé de listo, pero si yo fuera Luigi Pieronte, habría puesto el almacén, en lugar de dejarte a ti el dinero. Sería más negocio, y más seguro.

—No sé qué decirte... —farfulló Mario—. Así son las cosas, y todo me va muy bien. Luigi Pieronte se aseguró bien de a quién le hacía el préstamo.

—Sin duda. Los Leontini, como otros, somos de la gente que siempre fue honrada por los barrios. Eso lo sabe todo el mundo. Pero yo sigo diciendo que Luigi Pieronte es tonto... o tiene algún motivo muy bueno para hacer lo que ha hecho.

—No comprendo... ¿Qué motivos podría tener?

—Pues quizá no le interesaba tener el almacén a su nombre, y recurrió a una persona de prestigio como muñeco de paja.

—Sergio... —musitó su madre—. Sergio, hijo, ¿qué..., qué...?

—Un momento —cortó hoscamente Mario—. Un momento, un momento todos... ¿Qué estás insinuando, bambino?

—El nombre de Luigi Pieronte no es grato a la policía, Mario.

—¿Que no es...? ¿Y tú qué sabes de eso?

—Leo los periódicos. Y estoy pensando que no me gustaría verte metido en los líos de la Cosa Nostra.

—¿Líos de la Cosa Nostra? —musitó Mario—. ¿Qué clase de líos?

—Pues... No sé exactamente. Lo que sí sé es que en nuestro barrio hay un foco de la Cosa Nostra, y que ese Pieronte, casi seguro, tiene algo que ver en ello. Podemos apostar a que hay tráfico de estupefacientes en marcha, Mario. Y luego, una..., un pequeño sindicato del crimen. No hace mucho, un agente del F. B. I. en punta, se metió en el barrio, respaldado por algunos compañeros. Pero nosotros sabemos que uno de fuera no podrá nunca atravesar el muro impenetrable: nadie le dirá nada, nadie le ayudará, todos se apartarán de él... Y así, ese agente del F. B. I.

fue acribillado una noche. Luego, su cadáver desapareció en cuatro manzanas. El

F. B. I.

y la policía lo registraron todo. Incluso las alcantarillas. Pero, evidentemente, la Cosa Nostra ha encontrado un nuevo sistema... operatorio.

Mario Leontini consiguió salir de su asombro.

—¿De dónde has sacado todo eso? —musitó.

—Leo los periódicos.

—¿Y eso salió en los periódicos?

—Supongo que sí... ¿De qué otro modo podría yo enterarme de estas cosas?

Mario se rascó la coronilla. Se adelantó en el sofá, hacia la mesita de centro, y se sirvió un poco de vino de aperitivo. Estaba bastante perplejo.

—Algo de todo eso oí, pero no conocía tantos detalles... —admitió en un susurro—. ¿Tú crees que Luigi Pieronte tiene algo que ver con estas cosas?

—Todo lo que yo digo es que a mí me escamaría un préstamo de cien mil dólares en esas condiciones y circunstancias.

—Oh, vamos, Sergio... Déjame en paz. Todo lo que hacemos Luigi y yo es comerciar con vino. Llegan las partidas, yo las distribuyo, las reparto con los camiones, y eso es todo.

—Por el momento. Ya verás cómo Pieronte no tardará mucho en pasarte la factura.

—¿Qué factura? ¿La del dinero? Tenemos un documento firmado y sellado legalmente, que dice bien claro que dispongo de diez años para devolver esos cien mil dólares.

—No será esa clase de factura. ¿Qué son cien mil dólares para la Cosa Nostra?

—Me estás amargando la noche... —masculló Mario—. ¿Qué demonios tengo que ver yo con la Cosa Nostra? ¿Por qué te obstinas en hablar de ella?

—De algo se ha de hablar, ¿no? —sonrió Sergio—. ¿Tú tenías algún negocio en común con Salva?

—No...

—¿De qué vivía, en qué trabajaba...?

—No lo sé. Pero tenía dinero, antes del accidente...

—Querrás decir antes de que quisieran quitarlo de en medio con un auto lanzado a toda velocidad contra él. ¿Por qué querrían matar

a Salva y en cambio ahora lo dejan vivir?

—Estás loco —casi gritó Mario—. ¡Estás completamente loco, Sergio!

—Es posible —admitió Sergio—. Pero si yo fuera tú, me aseguraría siempre, antes de cruzar las calles, de que no pasa por allí ningún coche o camión.

Mario palideció y de nuevo quedó atónito.

—Dios mío... —murmuró—. El pequeño Sergio se nos ha vuelto loco.

—¿Era Salvatore amigo de Luigi Pieronte?

—Pues..., sí... Creo que sí.

—Entonces, ¿quién era enemigo de Salvatore? ¿Y por qué?

—Pero ¡qué enemigos ni qué...!

—¿Me obligarás a creer que eres tonto, Mario? Está bien que seas honrado, ingenuo, sin malicia... Todo se admite. Pero no la tontería. ¿No lo comprendes? ¿No comprendes lo que de verdad pasó? Mario estaba ya francamente irritado.

—Tú que tanto sabes, dilo.

—Alguien quiso matar a Salvatore. Pero no lo consiguieron. Sólo lo dejaron inválido, y con tanto miedo que no quiere ni siquiera curarse para volver a la calle. No quiere ni intentarlo. Y teme, también, que intenten algo contra Ángela. Si no fue Pieronte, fue alguien que tiene algo contra Pieronte.

—¿Pero qué tiene que ver Luigi Pieronte en todo esto..., en todas estas ideas que el demonio sabrá de dónde has sacado...?!

—Es simple: Salvatore trabajaba para Pieronte, y Pieronte le ordenó que hiciera algo. Salvatore lo hizo, y lo que hizo no gustó a otras personas, que le tiraron un auto encima. Ahora, Salvatore está encerrado en su casa, cobrando cada mes quinientos dólares... ¿Se te ocurre alguien mejor que Pieronte para enviárselos? Eso, hasta el día en que se canse de tener a Salvatore vivo, siempre con el peligro de que alguien le haga hablar... Ese día, el «accidente» de Salvatore será definitivamente mortal; no habrá fallos, como con el anterior. ¿Sabes por qué «nadie presenció el accidente, ni sabe nadie nada de nada»...? Porque los pocos testigos que pudieron haber cuando el atropello, comprendieron pronto que allí intervenía la Cosa Nostra; de modo que dijeron «lagarto, lagarto», y cerraron la boca. ¿Tú no sabes nada de ese accidente? ¿De verdad no sabes nada, Mario?

—¿Por quién me tomas? —Casi gritó Mario—. ¿Crees que yo tengo algo que ver con la Cosa Nostra?

—¿No?

—¡Claro que no! ¡Ni tengo nada que ver, ni me interesan esos asuntos!

—Pues tanto mejor... —sonrió Sergio—. ¿Por qué no cenamos ya, mamma?

María Leontini sonrió dulcemente, mirando de uno a otro de sus hijos.

—Estaba esperando que la discusión bajase de calor para preguntaros si sirvo ya la cena. Sergio, ¿por qué te interesas tanto por esas cosas? Casi has conseguido que Mario se enfurezca..., y entre los dos me habéis inquietado a mí.

—Yo siento interés por todo, mamma. Especialmente, por una buena cena... Y luego daré un paseo...

—Te acompañaré —dijo Mario.

—Ni hablar —guiñó un ojo Sergio—. A las chicas no les gusta que su pareja llegue con otro tipo, aunque sea más guapo.

—¿Tienes una cita? —rió Mario—. Pero ¡si apenas has tenido tiempo de llegar...!

—Yo soy así.

—¿Con Ángela? —preguntó mamma María.

—Ah... Menos mal, mamma, que heredé tu inteligencia... ¿Cómo has adivinado?

—Era fácil. Fuiste a ver a Salvatore, Ángela está siempre con él, y ella es una chica muy bonita.

Sergio chascó los dedos, riendo.

—Así, como un sencillo problema matemático... ¿Tú no sales con ninguna chica, Mario?

Mario miró de reojo a su madre, velozmente.

—Algunas veces —admitió.

—Iré a por la cena —musitó María.

Sergio se la quedó mirando hasta que desapareció, camino de la cocina. Luego, miró a su hermano, intrigado.

—¿Qué pasa? —se interesó.

—Nada.

—Pues yo diría que mamma se ha sentido molesta por algo, Mario.

—Bueno... Allá ella. Tú ya sabes, Sergio: quiero a mamma más que a nadie y a nada del mundo. Pero creo que ella no debería meterse en mis asuntos con mujeres.

—¿Tienes muchos... asuntos? —sonrió Sergio.

—No. Uno.

—¿Pero mamma no aprueba a tu chica?

—Eso parece.

—Bien... Yo creo que ella es más lista que nosotros dos juntos, Mario. Quizá deberías escucharla. Pero, desde luego —alzó una mano—, no seré yo quien se meta en esa clase de asuntos tuyos. Cenemos tranquilamente, charlando de cosas amables, y luego iré a ver a Ángela... ¿Está vivo todavía el viejo Paolo?

—Más o menos vivo.

—Creo que entiendo. Es una lástima... ¡Aquí tenemos la cena!

CAPÍTULO IV

El Caffé Tecnicolore era un local enorme, con mesas de billar, pinballs e incluso una bolera al fondo, donde algunos hombres en mangas de camisa lanzaban las pesadas bolas hacia los palos. Estaba lleno de humo, que se veía racheado por las diversas luces con pantalla. Había pequeñas mesitas, un larguísimo mostrador. A un lado, unos cuantos reservados. En el piso superior, una sala de baile, que retemblaba fuertemente en aquellos momentos; la música llegaba al café por las ventanas y como atravesando el techo. El rumor de voces era continuo, monótono, pesado.

Sergio Leontini recibió algunas miradas no exentas de cierta extrañeza; con un correcto traje, su corbata haciendo juego con los calcetines, su ingenuo rostro simpático y sus buenos modales, era allí una *rara avis*, una especie desconocida. Y, sobre todo, era desconocido por sí mismo en el café. Ni parecía el cliente adecuado, ni ninguno de los presentes conocía al muchacho que, tras marcharse de su casa a los quince años en busca de mejores horizontes, había estado en Nueva York tres veces en los doce años siguientes...

Se quedó junto a una mesa de billar, sonriendo, mirando la jugada. El billarista de turno lanzó el tacazo, consiguió la carambola, y Sergio exclamó:

—¡Buena bola!

Se lo quedaron mirando entre irritados y burlones, o quizá sorprendidos de que se hubiera metido donde nadie le había llamado. Sergio sonrió un poco más y dijo:

—Estoy buscando a Paolo. Somos viejos amigos... ¿Alguien lo ha visto?

El jugador que había conseguido la carambola ni siquiera se

alteró. Puso yeso azul en el cuero del taco y se dedicó a la siguiente carambola, mientras los demás parecían también olvidarse de Sergio para continuar con su pasatiempo.

En vista del éxito, Sergio se fue al mostrador. Pidió una cerveza, y cuando el camarero se la sirvió, mirándolo expectante, preguntó a bocajarro:

—¿Dónde está Paolo?

—¿Para qué?

—Para saludarlo. Lo conozco desde que nací.

—No me diga, joven.

—Nací aquí, en el barrio. Mi nombre es Sergio Leontini.

—¿Leontini? Emmm... ¿El hermano de Mario?

—¡Ecco...!

—Vaya... Bueno, Paolo está en el reservado número dos.

—Muy amable —sonrió Sergio—. De veras se lo agradezco.

Cogió la copa de cerveza y se fue al reservado dos. No había puerta, pero la entrada era tan estrecha que apenas se podía mirar dentro: y no había precisamente mucha luz en los reservados.

Lo primero que vio fue la blanca y espesa cabellera de Paolo Mazzola, pero en seguida éste alzó la cabeza, y entonces Sergio vio el arrugado rostro, no menos blanco que sus cabellos. Sus ojos brillaban en la penumbra.

—¿Lo traes? —exclamó.

Sergio no se asombró ni se alteró. Se sentó al otro lado de la estrecha mesita, enfrente de Mazzola, dejando la cerveza entre ambos.

—¿Qué es lo que tendría que traer, Paolo? El viejo latino se lo quedó mirando.

—Tú no eres... Tú no... ¡Tú eres Sergio Leontini!

Sergio se echó a reír, tendiendo la mano por encima de la mesa, afablemente. Paolo Mazzola pareció vacilar, pero aceptó el apretón. Y cuando creyó que había terminado, y se disponía a retirar la mano, los dedos de Sergio parecieron clavarse en su mano, impidiéndole retirarla. Luego, los dedos de la izquierda se deslizaron por el antebrazo de Paolo Mazzola, suavemente, desde la muñeca hasta el codo.

—¿Así estamos, Paolo? —musitó Sergio.

Dio un brusco tirón, soltándose justamente cuando Sergio le

soltaba la mano. Se tambaleó en la silla, pareció a punto de caer... Se agarró en la mesa y se quedó mirando fijamente a Leontini, casi jadeando.

—Márchate... —dijo—. ¡Déjame en paz!

—Vamos, vamos, Paolo... Siempre hemos sido amigos... ¿Ya no recuerdas a tu pequeño y querido Sergio?

Mazzola vaciló, pero volvió a insistir:

—Vete, Sergio. Ya nos veremos en otra ocasión...

—¿Cuando te hayas inyectado? —sonrió fríamente Sergio—. Seguro que entonces te sentirás mucho mejor... ¿No es cierto, Paolo?

—Vete, vete... ¡Déjame en paz!

—Sólo quería hacerte algunas preguntas, Paolo...

—Te lo suplico, Sergio: ¡ya nos veremos luego, o mañana...!

—¿Estás esperando a tu proveedor? De acuerdo, me iré en seguida. Es decir: me iré apenas hayas contestado a unas preguntas. Cuanto antes lo hagas, antes me iré..., y antes podrá entrar aquí tu proveedor... No creo que lo haga si te ve acompañado.

—¿Qué..., qué quieres preguntar...?

—Quiero atravesar el muro impenetrable.

—¡No! ¡Márchate!

—No pienso hacerlo. Si alguien puede informarme, ese alguien eres tú, Paolo. No me iré sin que me hayas contestado...

—¿Qué te importa a ti todo eso? ¿Acaso eres de la policía?

—Te juro que no —sonrió Sergio.

—¡Entonces, olvídalo! No hay nada bueno detrás del muro impenetrable, Sergio... Te suplico...

—Sé que no hay nada bueno. Pero quiero saber lo que hay... ¿No vas a decírmelo?

—No sé nada. Vete.

—Yo te recordaré algunos detalles, Paolo... Mucha gente ha desaparecido en el barrio. Se ha esfumado. Entre otros, un agente del

P. B. I.

que estaba intentando atravesar el muro impenetrable... Su cadáver desapareció en cuatro manzanas, Paolo... Se esfumó. ¿Dónde lo escondieron? ¿Cómo funciona el grupo de la Cosa Nostra que hay en el barrio?

—¡Vete! —Casi lloró Mazzola, temblando.

—Siempre fuiste una buena persona, Paolo. Haré un buen trato contigo más adelante. Pero, primero, quiero que sepas que la Cosa Nostra no opera sólo en este barrio... Se ha formado un grupo nuevo, joven y fuerte, bien dirigido, que se dedica al asesinato en Nueva York, y se está extendiendo por todo el Estado. No se trata de los procedimientos clásicos de la Mafia de eliminar a quien les molesta, sino de una sociedad que se dedica a todo lo malo, y que está creciendo a toda velocidad. Drogas, falsificaciones, contrabando, asesinatos... En general, la Mafia se dedica a todo eso. Pero en estos momentos, el grupo... filial de la Cosa Nostra tiene montado un gran servicio de asesinos por encargo... Si llegamos a ese grupo, sabremos todo lo concerniente a sus actividades generales y, sobre todo, al nuevo procedimiento para hacer desaparecer cadáveres... Dime, Paolo: ¿hay quizá algún crematorio por aquí cerca, escondido? ¿O algún triturador, o...?

—Estás loco —gimió Mazzola, de pronto, desorbitando los ojos—. Muchacho, estás loco...

—Eso mismo piensa Mario... —sonrió Sergio—. Pero ninguno de los dos tenéis razón. ¿Y bien, Paolo? ¿No quieres contestar? Hazlo, y me iré inmediatamente. ¿Cuál es el sistema para hacer desaparecer los cadáveres? Quiero decirte que ya desaparecieron otros dos, que nosotros sepamos...

—¿Quiénes sois «vosotros»?

—Las personas honradas del barrio. Sí... Que se sepa, desaparecieron dos personas, que ya viajaban muertas hacia el barrio, metidas en el portamaletas de un auto. Por separado, eso sí. Primero una, luego la otra... La policía se dio cuenta, avisó al F. B. I.,

pidiendo su ayuda, y un agente se metió en el barrio..., con mala fortuna. Lo acribillaron y... su cadáver también desapareció. Se supone que no es el primero... ni el tercero. Estamos seguros de que muchas personas desaparecidas han seguido el mismo camino. No menos de veinte asesinatos o desapariciones en seis meses sólo en la ciudad de Nueva York, Paolo... ¿Cuál es el sistema?

—Sergio, muchacho..., ¡hablas demasiado, sabes demasiado...!

—Sólo se lo que los periódicos cuentan.

—¡Esas cosas no las ha contado ningún periódico del mundo! No

así, del modo en que tú lo interpretas, del modo en que tú lo dices... ¡Ningún periódico ha publicado eso!

—¿No? —sonrió Sergio—. Bueno, debo haberlo leído en alguna revista... ¿Cuál es el sistema, Paolo? Tú lo sabes.

—Vete.

—Te voy a hacer una buena oferta: dímelo, y yo te garantizo que conseguiré que jamás vuelvas a precisar morfina tan desesperadamente como ahora.

Mazzola miró incrédulamente a Leontini.

—¿Estás metido en esto, Sergio?

—No digas tonterías.

—¿Tienes dinero...? ¿Mucho dinero, para que jamás me falte morfina a mí si hablo?

—Te juro que no volverás a necesitar morfina: tendrás la que necesitas.

—¿Por qué preguntas? ¿Para quién trabajas, Sergio?

—Soy contable de una empresa de conservas de frutas.

—Mentira... Estás mintiendo... Eres de la Mafia, y has querido saber qué hacen y cómo lo hacen este grupo de la Cosa Nostra que ha brotado en Nueva York, en el barrio... Te envía la Mafia, para que averigües todo el asunto y aniquilar a los que están haciendo todo esto con el nombre de la Cosa Nostra...

—¿Acaso no pertenecen, verdaderamente, a la Cosa Nostra? —preguntó vivamente Sergio.

—No lo sé. Eso no lo sé... Yo veo, oigo a veces... Pero no lo sé todo. ¿Te ha enviado la Mafia, Sergio? ¿La Mafia cree que este grupo de la Cosa Nostra no debe existir y te han enviado para que lo investigues todo antes de actuar?

—¿Cómo puedes pensar eso de mí, Paolo? —sonrió secamente Sergio Leontini—. ¡Yo un componente de la Mafia...! ¡Eso es un disparate! Pero... Supongamos que lo fuese: ¿no crees que te convendría estar de mi lado, Paolo?

—No sé nada... ¡Nada! Sergio, me voy a morir si no dejas que me entreguen la morfina... Estoy muy mal, te lo juro... ¡La necesito! Te lo suplico... Vete... Ya hablaremos en otro momento... Te contaré lo del cementerio... ¡Te lo contaré todo!

—¿El cementerio? ¿Qué cementerio?

—¡Ahora no...! —Tembló la voz de Mazzola—. ¡Deja que

vengan a darme mi morfina! ¡La necesito, la necesito, la ne...!

Pareció romperse, de pronto. Sí: romperse, quebrarse... Su cabeza cayó sobre los hombros y rompió a llorar débilmente, como en un solo y largo gemido de agonía espantosa. Sergio Leontini estuvo unos segundos inmóvil, mirando aquella blanca cabeza abatida.

—Me voy, Paolo —musitó—. Como supongo que vives donde siempre, ya iré a verte en otro momento. Seguramente, esta misma noche... ¿Estás de acuerdo?

—Sí... Sí, sí... ¡Vete!

Leontini se puso en pie; pareció que iba a salir, pero todavía hizo otra pregunta:

—Cuanto antes contestes, antes saldré de aquí, Paolo: ¿quién es la mujer con la que mi hermano sale? ¿A qué se dedica?

—Se llama... Milva Assunto, y..., y no sé que se dedique... a nada...

—¿Vive en el barrio?

—No...

—¿Dónde?

—¡En First Avenue, en los Warehouse Apartments...!

—Hasta luego, Paolo.

* * *

Se detuvo delante del edificio. Los Warehouse Apartments eran, sin duda, un lugar caro. De ninguna manera podían considerarse como el lugar donde viviría una chica del agrado de mamma Leontini, que tenía unas ideas muy serias y conservadoras, Grandes terrazas desde las que se podía ver el East River, mucho cristal, toldos... Un vestíbulo grande, con hermosas plantas, magnífico con sus puertas de cristal.

Sergio Leontini contemplaba todo aquello desde la acera de enfrente a la que estaban los Warehouse Apartments. No parecía ni impresionado ni preocupado por lo que pudiera significar el hecho de que la mujer llamada Milva Assunto pudiera mantener el ritmo de vida que llevaba consigo vivir en semejante lugar.

La idea que tenía en aquellos momentos era ver a Milva Assunto. Conseguido esto, ya tendría una buena base para obtener conclusiones respecto a la muchacha. A veces, las apariencias

engañan, y no había por qué prejuzgarla... desfavorablemente.

Y para ver a Milva Assunto, quería hacerlo a su manera, de un modo discreto, sin llamar la atención de nadie. Luego, estaba el hecho de que ella, sin duda, comentaría con Mario aquella visita del hermano menor para conocerla... Lo cual no sería del agrado de Mario, ciertamente. Cuando Mario quisiera que él la conociese, se la presentaría. Pero si él iba por su cuenta, a «interrogar» a Milva, aunque fuese amablemente, Mario se sentiría muy molesto. Con toda razón, desde luego. Mario no era de los que...

Bien. Sorpresa.

Sorpresa... ¿O no?

Un taxi se había detenido delante del edificio de apartamentos. Y Sergio se escondió más hacia dentro del portal cuando vio a Mario apearse. Lo estuvo mirando atentamente mientras pagaba al taxista y cuando entraba en el vestíbulo. Podía verlo perfectamente. Entró en un ascensor... Y eso fue todo. ¿Realmente tenía algo de extraño o sorprendente que Mario visitase a su novia... o lo que fuese?

¿Qué opinaría Mario si su hermano menor subía, llamaba a la puerta y se presentaba allí, con su mejor sonrisa, diciendo que quería conocer a su novia?

La conclusión respecto a lo que opinaría Mario no le gustó a Sergio. Frunció el ceño, miró su reloj y se dispuso a esperar.

Tuvo que hacerlo durante hora y media, nada menos. Lo cual también era lógico. Nunca se tiene demasiada prisa cuando se visita a la novia...

Transcurrida esa hora y media, Mario reapareció en el vestíbulo, salió a la calle y se acercó a la acera. Al poco, llamó a un taxi, se metió en él y se alejó.

Muy bien. ¿Y si ahora él, Sergio Leontini, subiera al apartamento de Milva Assunto y dijera que iba buscando a Mario? La idea no era mala del todo, y quizá la chica le creyese... Pero al día siguiente, Mario se tomaría las cosas de muy distinta manera...

Firmemente decidido, Sergio cruzó la calle, entró en el edificio, vio rápidamente el número del apartamento de Milva Assunto en los servicios de correspondencia y tomó el ascensor. Apartamento 635, sexto piso.

Sexto piso. Salió del ascensor, lo cerró, lo devolvió al vestíbulo y

se quedó mirando la flechita roja que indicaba que el otro ascensor iniciaba la subida. Vaciló unos segundos, pero optó finalmente por buscar el apartamento 635. Estaba a la izquierda del ascensor, hacia el fondo del amplio pasillo, también muy adornado con plantas. Había incluso unas espesas palmeras enanas junto al ventanal que daba a la calle, al fondo del pasillo... Todo muy bonito.

Llegó ante el apartamento 635 y se quedó mirando el número, rascándose la barbilla. Bien, quizá convendría hacer las cosas de otra manera, pero...

El ascensor que había iniciado la subida cuando él devolvía el suyo al vestíbulo, se detuvo en el sexto piso, con suave chasquido. Sergio volvió vivamente la cabeza hacia allí y, de pronto, se deslizó silenciosamente hacia una de las palmeras enanas, tras la cual se apresuró a ocultarse mientras las puertas de madera se separaban.

Un hombre salió al pasillo, las puertas se cerraron, y el ascensor continuó hacia arriba...

El hombre era Luigi Pieronte. El socio de Mario Leontini, el hombre que le había prestado cien mil dólares para poner en marcha el negocio de importación de vinos italianos. Para Sergio Leontini, aquel rostro era inconfundible, lo tenía muy bien grabado en la memoria, pese a no haberlo visto antes en persona: abundantes cabellos, con algunas agradables canas; ojos negros, brillantes; boca fina y pequeña; orejas algo grandes... Y muy elegante, pero sin exageraciones. Una elegancia seria, bien entendida. Estatura mediana, hombros anchos, vientre un poco excesivamente desarrollado...

Luigi Pieronte llamó al timbre del apartamento 635, y la puerta se abrió casi en el acto. Desde detrás de la palmera enana, Sergio Leontini apenas pudo entrever algo rojo y ligero... Luigi Pieronte entró en el apartamento, la puerta se cerró... y el pasillo quedó de nuevo solitario y silencioso. A excepción de Sergio Leontini, que miraba con el ceño fruncido aquella puerta.

Se separó de la palmera, fue hacia allí y, tras mirar a su alrededor como quien no busca nada en especial, se inclinó de pronto junto a la puerta, pegando una oreja a la madera. Oyó el rumor de voces, una de ellas, femenina; pero no lograba entender nada. Ni siquiera palabras sueltas. El apartamento debía ser grande, por supuesto, y Luigi Pieronte y la mujer llamada Milva Assunto

debían haberse adentrado en él.

No podía oír nada. En pocos segundos, ni siquiera oía las voces... Pero al abrirse dentro alguna puerta, pudo oír una música. Moderna, alegre, movidísima. Desde luego, no conseguiría oír nada por aquel método del mayordomo antiguo, de modo que decidió desistir de permanecer allí en tan comprometedora postura.

Se enderezó. Y apenas dejó de tener aquella musiquilla como clavada en el oído, oyó otro ruidito, tras él. Inició una rápida media vuelta, pero antes de haberlo conseguido, un puño se clavó furiosamente en su hígado, por detrás, tirándolo contra la puerta de cara. Al rebote, una mano le agarró por un hombro, le obligó a volverse... y un puño enorme se hundió en su estómago, como si quisiera partirlo por la mitad. No se partió, pero quedó doblado sobre el puño, como colgado en él, sostenido por el antebrazo del hombre que le había golpeado. Y no se movió. Quedó quieto, como tronchado, como si no pudiera ni siquiera respirar, ni reunir el aliento suficiente para intentar enderezarse.

Vio los pies de otro hombre, junto al primero, acercándose a la puerta. Sonó el timbre. Y la puerta se abrió muy pronto. Tanto, que era fácil comprender que dentro habían oído el golpe contra ella, y ya se dirigían hacia allí para ver qué ocurría.

Apenas abierta la puerta, el hombre que lo sostenía en el antebrazo lo enderezó bruscamente, y con la otra mano lo cogió por el cuello de la chaqueta, empujándolo hacia dentro del apartamento.

CAPÍTULO V

Entró a trompicones, y cuando parecía que iba a recuperar el equilibrio, el otro hombre, el que había llamado al timbre, volvió a golpearle en el estómago, y sin darle tiempo a encogerse siquiera, lo tiró contra la pared de un cruzado en la barbilla. Al rebote, lo cogió el otro, por las solapas, pero cuando parecía que iba a hundirle la rota nariz en el rostro de un directo, Sergio Leontini quedó colgando de su manaza, caída la cabeza sobre el pecho...

—Parece que no es muy fuerte.

—¿Seguimos con él, Luigi?

—No... Dejadlo tranquilo, Enrico. ¿Seguro que es el mismo que parecía vigilar el edificio?

—Seguro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Milva Assunto.

—Cuando estábamos a punto de entrar en el edificio, Giovanni vio a este hombre en la acera de enfrente. Parecía esperar algo... Hace poco, cuando Mario ha salido de aquí, él ha entrado en el edificio. Y nosotros detrás. Yo he venido directamente aquí, y Enrico y Giovanni han subido un par de pisos más en el ascensor; han bajado a pie, y... ¿Y qué, Enrico?

—Estaba escuchando en la puerta.

—Vaya...

—Pero ¿quién es? —se interesó Milva.

—Traedlo al *living* —dijo Luigi Pieronte.

Él tomó de un brazo a la muchacha, encabezando la marcha por el lujoso apartamento, hacia donde continuaba sonando la moderna y movidísima música. Enrico cogió un pie de Leontini y tiró de él, arrastrando al contable de la empresa vendedora de frutas por el brillante suelo... Ya en el *living*, lo tiró hacia el centro de un último

tirón al pie y se quedó mirando a Pieronte, que señaló a Sergio.

—Registradlo.

Giovanni se acuclilló junto a Sergio, le abrió rudamente la chaqueta y empezó a registrar los bolsillos, tras un veloz cacheo por todo el cuerpo.

—No lleva armas —dijo.

—A ver esa billetera.

Giovanni la tiró a las manos de Pieronte, que la abrió y empezó a examinarla. Todavía tendido en el suelo, Sergio Leontini abrió los ojos y se quedó mirando el techo, como si no comprendiera nada. Se ladeó, quedando apoyado en un codo, y entonces vio las piernas femeninas. Unas soberbias piernas femeninas. Continuó alzando la mirada: camisita transparente de nylon rojo, que llegaba solamente por encima de las rodillas, un escote supergeneroso, una piel blanquísima y finísima, una boca roja y llena, unos ojos azules y hermosos, unos cabellos rubios. Total: una belleza.

Parpadeó, sacudió la cabeza y volvió a mirar a Milva Assunto. Debía tener veintiocho o treinta años. Ni uno más de treinta. Estaba en el mejor momento para una hermosa mujer...

—¿Sergio Leontini? —musitó Pieronte, de pronto.

Sergio lo miró y asintió con la cabeza, mirando como asustado a los dos fornidos hombres que le habían golpeado.

—¿Leontini? —exclamó la hermosísima rubia.

Sergio la miró hoscamente. Se sentó y masculló:

—Soy hermano de Mario. Y le aseguro que él sabrá esto.

—¿Qué es lo que sabrá? —Alzó las cejas Milva.

—Que cuando él se va... otros vienen.

Las cejas de la preciosa rubia se alzaron más. De pronto, se echó a reír alegremente.

—¡Sentadlo en el sofá! —exclamó.

Enrico y Giovanni cogieron a Sergio uno por cada brazo y lo tiraron al sofá, con rudos modales. Milva se sentó junto a él, le cogió una mano y le sonrió dulcemente.

—Encantada de conocerte, Sergio. Precisamente, Mario me ha estado hablando de ti hace unos minutos... No puedo creer que él te haya enviado a espiarme.

—Yo sé hacer las cosas por mi cuenta —gruñó Sergio.

—Bueno... Creo que eso es algo discutible. ¿Quieres decirme

exactamente por qué estabas escuchando detrás de mi puerta?

—Porque entró otro hombre después de Mario. Y esto es algo que Mario sabrá muy pronto, seguro.

—Oh... Está bien. Ahí tienes el teléfono —señaló Milva—. Llama a tu hermano, dile que me estabas espiando sin que él lo supiese, y que me has encontrado en mi apartamento con otro hombre... Pero dile que ese hombre se llama Luigi Pieronte.

—¡Le diré...! ¿Pieronte? ¿El qué...?

—Ya veo que su hermano le ha hablado de mí... —rió Luigi—. ¿En qué clase de tonto jaleo nos está metiendo a todos, muchacho? ¿Qué demonios pretende?

—¿Por qué no me dice usted lo que pretende en el apartamento de la novia de mi hermano..., cuando él no está?

—Leontini —se mostró amable y pacienzudo Pieronte—: yo vivo en este edificio, y vengo visitando a Milva mucho antes de que Mario la conociese... Es más: yo los presenté. Mario sabe que Milva y yo nos conocemos, que algunas noches entro a tomar una copa con ella, e incluso estando él aquí... Y no hay ni ha habido en ningún momento nada entre Milva y yo. Ella vive su vida, yo la mía, somos amigos, y eso es todo. Llame a su hermano si quiere, díglele lo que le venga en gana, y luego márchese con viento fresco a meter su tonta nariz en asuntos menos bochornosos para un hombre. Y si no fuese hermano del buen Mario, saldría de aquí directo al hospital... ¿Lo entiende?

—Oh, Luigi, por favor —sonrió Milva—: no seas tan rudo con el muchacho...

—¿Rudo? Sabes muy bien que tengo que moverme con la máxima cautela, porque no soy grato a algunas personas. No quisiera acabar como Salvatore Rossi, de modo que tengo que vigilar... ¿Qué crees que le haría yo a este tonto después de haberlo pillado escuchando tras una puerta después de haberla cruzado yo? ¿Qué crees que debo pensar de un tipo que parece vigilarme? Lo vemos en la calle, sube cuando se va Mario, se esconde, escucha detrás de las puertas...

—Bueno, bueno, cálmate... La intención de Sergio era buena. ¿No es así, Sergio? —sonrió de nuevo dulcemente la rubia Milva.

—No serán muy buenas cuando quería vigilarte.

—Es cierto —parpadeó Milva—. ¿Por qué me espiabas, Sergio?

—Yo... entendí que mamma no aprobaba lo tuyo y de Mario... Y quise saber si ella tenía alguna razón para eso.

—¿Y... crees que la tiene?

—No lo sé —gruñó Sergio; miró de reojo a Enrico y Giovanni—. Esos tipos son unos matones.

—Ay, ay, ay —amonestó Milva, riendo, agitando un delito—. Sergio, Sergio..., ¡no hagas enfadar a Rico y Nino! Tienen muy mal genio. Además, ellos no tienen la culpa de que tú seas... un poco flojo. Vamos a hacer todos las paces... ¿Quieres tomar algo?

—Bueno.

—Pero lo haremos de un modo más... íntimo. Tengo verdadero interés en que la familia de Mario me... apruebe. Y quizá uno de los medios de lograrlo sea convencer al hermano de que soy una chica normal, decente... y más bien simpática. ¿Qué opinas de mi idea, Sergio?

—Parece buena —sonrió Leontini.

—Yo misma te serviré el *whisky*... ¿O prefieres otra cosa?

—*Whisky* está bien. Muy bien.

—Vale. —Milva se puso en pie, se quedó mirando a Luigi Pieronte y musitó—: Buenas noche, Luigi.

—Mmm... Oh, sí... Buenas noches. —Luigi se quedó mirando a Sergio—. Lamento lo de los golpes, pero a veces uno mismo se los busca, Leontini. Respecto a decirle a su hermano que yo visito a Milva y...

—Creo que voy a olvidar eso —dijo Sergio, como abochornado.

—Ah, bien... Sólo que quizá mi memoria no sea tan mala... Ya nos veremos.

Hizo una seña a Enrico y Giovanni, que se fueron tras él hacia la salida del *living*. Pocos segundos después, se oía la puerta del apartamento. Milva se quedó mirando con aquella dulce expresión al empleado de Chula Vista Fruits, Ltd.

—Supongo que Luigi te ha parecido un hombre... difícil, Sergio.

—A decir verdad, me ha parecido un gánster. No creo que ésa sea la clase de amistades o socios que necesitáis Mario y tú.

—A decir verdad, yo no necesito socios ni... amigos para tener dinero... —sonrió de nuevo Milva—. En cuanto a Luigi, digamos que él solamente ha prestado algo de dinero. Eso no es malo... Especialmente para Mario. Me pregunto si sabes que no hace mucho

más bien precisaba ayuda económica... Hoy en día, en cambio, va muy bien de dinero.

—Gracias a Luigi Pieronte. ¿Qué hay del *whisky*? Me duele tanto todo el cuerpo que estoy seguro de que el *whisky* me sentará a las mil maravillas.

Milva Assunto volvió a reír. Era deliciosa.

* * *

—¿Se ha ido ya? —preguntó ella.

Había abierto la puerta al oír la llamada, y Luigi Pieronte quedó visible en el umbral, asintiendo con la cabeza.

—Con toda seguridad. ¿Cómo se ha portado?

Milva parecía divertida.

—Muy bien. Pasa... Es un buen muchacho. No demasiado listo, desde luego.

—¿Te parece que no es listo? —sonrió fríamente Pieronte. Milva cerró la puerta y se quedó mirando a Luigi.

—Desde luego que no. Se ha bebido apenas dos *whiskys* y ha salido de aquí poco menos que borracho... ¿Qué ha hecho al salir del edificio?

—Ha tomado un taxi y se ha largado —masculló Pieronte—. Hemos estado vigilando y puedes estar segura de que ya no vuelve esta noche. Pero... ¿realmente crees que es tonto?

—Del todo. Se ha dedicado a hacerme preguntas de mi familia, de mis medios de vida, me ha preguntado si soy divorciada, o soltera, o viuda, o algo parecido. El creía que lo hacía con mucho tacto y discreción, pero jamás he conocido a nadie tan torpe y bocazas como Sergio Leontini... Es un infeliz.

Luigi Pieronte se quedó pensativo, mirando fijamente a la rubia belleza.

—No sé... —murmuró—. Quizá no lo sea tanto, Milva, Por si acaso, he llamado a San Diego. Espero que pronto me den la respuesta.

—¿Qué respuesta? ¿De quién?

—De la Cosa Nostra de allá. Quiero estar seguro de que ese muchacho tonto y entrometido es un contable de la Chula Vista Fruits, Ltd., como reza en una de sus tarjetas...

—¿Qué otra cosa puede ser?

—No sé... Policía, agente del FBI, mafioso... No sé. No me gusta. Milva Assunto se echó a reír de más buena gana que nunca.

—¡Luigi! —exclamó—. ¡Vas a matarme de risa! Pero ¡si es el tipo más cándido, flojo y bobo que he conocido jamás...! Se las da de listo, de astuto, de peligroso... Y bastan unos golpes para dejarlo hecho una pena... ¡Oh, vamos, no estás hablando en serio! ¡Es un tonto!

—Puede. Pero ese tonto se ha dedicado a sonsacar a Salvatore Rossi, y ha estado con Paolo Mazzola en un reservado del Tecnicolore durante más de cinco minutos... Luego ha venido aquí... No me gusta que meta su nariz rota en nuestros asuntos. Y hay otra cosa que no debemos olvidar: los Leontini, una de las mejores familias del barrio, han sido siempre un grupo... compacto.

—¿Crees que Mario ha podido enviar a ese pobre infeliz?

—No sé.

—Imposible... ¡Eso sería tanto como admitir que Mario desconfía de nosotros! ¡Imposible!

—No sé... Francamente, me disgustaría prescindir de Mario Leontini. Todo va muy bien tal como están las cosas, Milva.

—¡Y así seguirán! ¿Qué es lo que temes? ¿Que un par de bobos puedan perjudicar a la Cosa Nostra? ¡Es absurdo!

—Mario Leontini es un bobo, sí... Nunca ha preguntado nada, ni se ha preocupado de nada... Pero ese alfeñique no me gusta. Tiene una lengua veloz, sabe preguntar, se queda tan campante después de que Enrico y Giovanni le han zumbado... ¡No me gusta! Estoy seguro de que no es lo que dice. ¡Y no quiero que todo se estropee por su culpa!

—¿Piensas eliminarlo? Piensa que, si lo haces, el tonto de Mario Leontini va a volver el barrio patas arriba.

—Voy a esperar una hora. En ese tiempo, recibiremos noticias de San Diego. Ya me gustaría saber si ese tonto esmirriado es de verdad un contable de una envasadora de frutas californianas... Enrico está esperando en el teléfono. A ver qué dice dentro de media hora.

* * *

—¿Estás seguro? —Gruñó Pieronte.

—Claro. Nos lo han dicho bien claro: Sergio Leontini está

empleado como contable-viajante en la Chula Vista Fruits, Ltd. Consta en nómina, viaja por las distintas sucursales, cobra un sueldo que oscila entre seiscientos y ochocientos dólares al mes, tiene una casita en Chula Vista... Tiene buena fama como contable, con cosa de números y de esa clase...

—¿Y eso es todo?

—Todo, Luigi. Seguro.

—¿Lo ves? —sonrió medio adormilada Milva—. Tu cabeza trabaja demasiado, Luigi. Mario es tonto, su hermano es tonto y todo va bien, como hasta ahora... Dejemos que Sergio acabe sus vacaciones, que vuelva a California..., y aquí no ha pasado nada.

—Es que no me gusta que sea tan preguntón y entremetido.

Milva bostezó con auténticas ganas.

—¡Addio, caro...! Y por favor, si te desvelas, no me llames ni bajes a visitarme: ya he escuchado bastantes tonterías por hoy.

—No me gusta Sergio Leontini —se empeñó Luigi Pieronte—. Si vuelve a meter su nariz en nuestros asuntos, se irá directo al cementerio particular.

CAPÍTULO VI

—Paolo... ¡Paolo...!

Estuvo tentado de alzar más la voz, pero, realmente, si Paolo no le había contestado ya era que no estaba allí, en su asqueroso y maloliente cuchitril de siempre. Un simple cuarto, con ventana al callejón, oscuro, húmedo, siempre empañados los cristales por la niebla, por la bruma del río, que parecía sentir predilección por aquel punto bajo del barrio italiano.

Era una simple habitación, sórdida, estrecha, triste. Había una sola bombilla, de escasa potencia, colgando del techo; sucia, pringosa. Se veía el camastro, algunas prendas por el suelo, zapatos, colillas, periódicos, restos de bocadillos, manchas de licor... Había dos sillas, una mesa coja, un espejo deteriorado, un lavabo deprimente y una puerta que daba a un asqueroso retrete. Y ya estaba.

Desde luego, nadie podía esconderse allí dentro. Es decir, que si no veía a Paolo Mazzola apenas entrar, era, simplemente, que no estaba allí.

Sergio se dio un tironcito de la rota nariz y quedó pensativo. Por supuesto, la posibilidad de que Paolo Mazzola hubiese decidido divertirse un poco después de tener su dosis de morfina, era lógica. Toda su depresión, su tristeza, su malestar, su angustia, habían desaparecido, evidentemente, en cuanto recibió la dosis. Cosa de poca importancia, una dosis más o menos de morfina, para un hombre ya hundido en el vicio. Cosa de muy poca importancia. Realmente, Paolo Mazzola no era, en aquel juego, ni siquiera un peón... La jugada de ajedrez era demasiado importante para tener en consideración a un viejo italiano comido, devorado por la droga...

Leontini consultó su reloj. Eran más de las once. Una hora más que decente para que un hombre se retirase a descansar en un día de labor. Pero Paolo quizá no trabajase y, casi seguro, tenía poco de decente. Ah, los viejos tiempos... Muchachos jóvenes, sanos, siempre dispuestos a pelear, a romperse la cara con otros... Cosas sanas. Desde aquellos tiempos, habían pasado doce años y más... En ese tiempo, todo había cambiado. Todo.

El contable de la Chula Vista Fruits, Ltd., apagó la luz, se dirigió a la puerta, la abrió, salió y la volvió a cerrar, con un trozo de alambre, que luego dejó clavado en una grieta de la pared de tablas.

Se alejó de allí a buen paso, casi sonriendo. Tenía tiempo para entrevistarse con Paolo Mazzola.

En cambio, era más que posible que Ángela Rossi estuviese no poco disgustada por su incumplimiento de palabra.

Había que poner remedio a aquello.

* * *

La puerta del apartamento se abrió, y Ángela quedó en el umbral, desconcertada, un poco despeinada, mirando entre enfurruñada e incrédula al tardío visitante. Llevaba un pijama que parecía de satén, con topitos de varios colores, muy bonito y, sobre todo, sugestivo, de pantalones estrecho que sólo llegaban hasta por encima de las rodillas.

—¿Eres tú? —musitó—. ¿A estas horas?

—Bueno... ¿Estabas durmiendo?

—Sí —mintió Ángela.

—¿También Salvatore está durmiendo?

—Claro...

—Ah... Magnífico... Entonces, voy a entrar. ¿Te parece mal?

—Muy mal...

Pero Sergio Leontini ya estaba dentro. Se quedó mirando a Ángela, y como ella permaneciera inmóvil, él mismo cerró la puerta, sonriente.

—Estás muy graciosa —susurró.

—No has debido venir a estas horas...

—No pude hacerlo antes. ¿Me estuviste esperando?

—No —se sonrojó Ángela.

—Aaaahhh... Menos mal. ¿Queda café?

—Sergio, no es momento de..., de tomar café.

—Tienes razón. No es momento... de tomar café...

La abrazó por la cintura. Notó la piel bajo el fino tejido de la camisita del pijama, y cuando apretó contra su seco pecho a la muchacha, el cálido contacto llegó hasta él, firme, elástico.

—Sergio...

—Te diré la verdad —musitó él—. He llegado tarde porque he ido a visitar a una mujer que estaba también en prendas interiores... Y te diré que eran más sugestivas que las tuyas.

—¡Oh!

—Emmm... Bueno, era una especie de... salto de cama... Digamos un «mini-salto de cama»... ¿Los has visto alguna vez?

—Sí... Sergio, tú no eres...

—¿Decente? —rió quedamente Leontini—. Oh, sí... Todo lo que hice fue mirar y charlar... ¿Tú no tienes un salto de cama de éstos, Ángela?

—No...

—Te regalaré uno a la primera ocasión... Demonios, me gustaría verte de ese modo...

—Sergio, quiero que te marches. Si has estado con otra mujer...

—No te precipites. Y hagamos un trato, pequeña Ángela... ¿Te parece bien?

—¿Qué..., qué trato...?

—Tú me quieres a mí, y yo a ti. ¿Te gusta?

Ella se quedó mirándolo fijamente. Continuaba abrazada a él, y, de pronto, alzó los brazos y rodeó el cuello de su tardío visitante, rozando las mejillas de él con los finos brazos desnudos.

—Sergio, ése es... un hermoso trato... Pero si estás esperando que por decirme eso yo caiga en tus brazos para toda la noche...

—¿No lo harías?

—No...

—Bueno... Tanto mejor, porque, la verdad, es que no tengo mucho tiempo para dedicarte... esta noche. ¿Te bastan diez minutos?

Ángela volvió a sonrojarse.

—¡No!

—Vaya... Pues es todo lo que puedo concederte.

—Yo no pienso concederte nada...

—Magnífico... Magnífico de veras. Uno se harta ya incluso de comer bien todos los días.

—Sergio, no te entiendo... Ahora, en estos momentos, no eres... como antes... Pareces un..., un...

—¿Un cínico?

—¡Sí!

—Ah, pequeña Ángela, ¡la vida enseña tantas cosas...! Una de las más importantes consiste en saber valorar a las personas con las que tratamos. Por eso, yo no voy a seguir con la broma. Me iré inmediatamente. Pero antes...

—Sí, Sergio...

Ella cerró los ojos, apretó más sus brazos en torno al cuello de él... Y Sergio Leontini se quedó mirando, sonriendo dulcemente, el bonito rostro de Ángela Rossi... Ella había separado los sonrosados labios, se veían sus blancos dientes, la garganta tensa, como si le costase un gran esfuerzo tragar la saliva... Sergio Leontini notaba el latir rapidísimo del corazón de Ángela, bajo el firme seno que se apretaba contra su pecho...

Esta vez, el beso fue de verdad. Sergio Leontini puso sus labios en los de Ángela Rossi, con fuerza en la presión, pero lenta, suavemente en el contacto... Los deditos de Ángela se hundieron en su nuca; deslizándose entre los cabellos... Sergio pasó una mano hacia la espalda, llegó a la nuca, y luego la bajó, lentamente por el centro de la fina espada, notando el estremecimiento de aquel fino cuerpo...

Separó sus labios de pronto, casi bruscamente.

—Antes de marcharme —murmuró roncamente—, quiero darte algo de dinero...

—¡Sergio!

—No hables más. No digas nada, Ángela. Sólo escúchame. Cuando yo haya terminado de hablar, me iré. Y tú te quedarás aquí, cerrarás la puerta y harás en todo momento lo que yo te haya indicado... ¿Está todo bien claro?

—No sé... Pero haré lo que me digas...

—Bien... Aquí tienes quinientos dólares... Los guardas. No le digas a nadie que los tienes. Ni siquiera a Salvatore... A nadie, Ángela. No sé cuándo podré volver por aquí, ni importa demasiado; pero te diré lo que tienes que hacer con ese dinero. Es muy sencillo,

pero quiero estar seguro de que me estás escuchando con toda tu atención... ¿Cuento con ello?

Ángela sonrió, mirando los labios de Sergio, la nariz rota, aquella mancha violácea en un lado de su barbilla...

—Sí, Sergio.

—Bien. Son quinientos dólares... Hay más que suficiente para dos pasajes en avión hasta Chula Vista, en California. Ahora, no te pierdas palabra: si en cualquier momento no consigues localizarme, no sabes nada de mí u observas algo... raro, o inquietante a tu alrededor, o en el barrio, irás a mi casa... ¿Sabes dónde está?

—Claro... La casa de los Leontini...

—De acuerdo. Si algo sucede que... te sorprenda, o te asuste, o te inquiete tan sólo, tú irás a mi casa. No al almacén de Mario, sino a mi casa. Le dirás a mi madre que yo te envío, y que le ruego que vaya contigo...

—¿Adónde?

—Déjame seguir... Le dirás que le ruego que vaya contigo. Te la llevas de casa, procurando que nadie sepa adónde vais. Fuera del barrio, tomaréis un taxi. Le ordenas al taxista que os lleve al aeropuerto. Allá, adquieres dos pasajes para Los Ángeles... Una vez en Los Ángeles, tomáis otro taxi, y le decís que os lleve a Chula Vista... Hay dinero suficiente. Y una vez en Chula Vista, vais a las oficinas de la empresa para la que estoy trabajando: Chula Vista Fruits, Ltd. Una vez allá, decís que vais de parte mía.

—Sí... ¿Qué más?

—Nada más.

—¿Nada...? Pero, Sergio, no comprendo.

—No quiero que comprendas. Sólo que hagas lo que te digo.

—¿Por..., por qué me hablas tan..., tan..., de modo tan desagradable...? Sergio Leontini intentó sonreír.

—Aprensiones tuyas... ¿Lo has entendido todo bien, Ángela?

—Sí...

Sergio la apretó aún más fuertemente que antes, la besó de lleno en los labios, la apartó, la estuvo mirando unos segundos, sonriente, como quien se sorprende de algo magnífico que ha encontrado sin merecerlo... Y de pronto la soltó, dio media vuelta y salió del piso.

—Paolo... Paolo... ¡Paolo!

Había utilizado el mismo alambre para entrar en el cuchitril de Paolo Mazzola. Pero de nuevo obtuvo el silencio por respuesta. En esta visita, ni siquiera había encendido la luz. Se acercó al catre, lo palpó para convencerse de que Paolo Mazzola no estaba allí y se acercó lentamente a la ventana. Estuvo algunos minutos mirando hacia la calle oscura y neblinosa, pensando que, de momento, había perdido la partida. Estaba casi completamente seguro de ello... Y ésta casi definitiva certidumbre le hizo fruncir el ceño... Sobre todo cuando comprendió que incluso él se había golpeado de narices, infructuosamente, contra el muro impenetrable...

Se sentó en el borde del catre y encendió un cigarrillo. Muy bien: quizá las cosas no fuesen todo lo bien que él quería, pero una cosa era más que segura... Segurísima: nadie le movería de allí hasta que él quisiera.

Lo primero que oyó fue la sirena de uno de los barcos que se deslizaban por el East River... ¿O quizá había sido el siempre existente ruido de motores...? O quizá las voces en la calle... No, las voces en la calle, no, porque eran apenas las siete de la mañana...

Se quedó unos segundos contemplando el techo. Luego se sentó en el camastro de Paolo Mazzola. Naturalmente, el viejo amigo no había aparecido por allí. A través de los sucios cristales de la ventana se veían jirones de sol, como luces de focos a través de un espeso humo de cigarros y cigarrillos.

Se pasó las manos por la cabeza, resoplando, mientras se ponía en pie. Fue al sucio lavabo y se miró al espejo. Excepto la señal del golpe que había recibido en el apartamento de Milva Assunto, todo se veía igual en aquel rostro de muchacho tímido y amable. Se palpó el hígado, los costados, el estómago, y sonrió irónicamente. Luego, fue a la ventana, miró a la calle, y se dijo que era una hora muy conveniente para abandonar el apartamento de Paolo Mazzola.

* * *

—Sergio... ¿Dónde has estado toda la noche?

—Paseando, mamma.

—¡Paseando...! No te creo... ¡Y no me digas que Ángela y tú...!

—Ésas no son cosas que tú debas pensar... —sonrió Sergio—.

¿Está durmiendo Mario?

- Se está duchando... ¿Dónde has estado?
—Por ahí... ¿Estás preparando el desayuno?
—Sí... ¿Dónde es por ahí?

Sergio Leontini sonrió amablemente, pero su madre vio aquel extraño gesto, desconocido en el rostro de su hijo menor.

—Mamma, no querrás que te explique lo que he estado haciendo durante toda la noche, ¿verdad? Por si lo has olvidado, te diré que tengo ya veintisiete años y que...

Se calló, porque mamma Leontini lo miraba con incredulidad..., con decepción también.

—No... No es necesario que me expliques lo que has estado haciendo durante toda la noche, Sergio... ¿Qué quieres desayunar?

—Lo que estás preparando para Mario. Creo que voy a ducharme, desayunaré en familia... y, si no hay inconveniente por parte de nadie, me iré al almacén con Mario... Es un cabezota para los números, y a lo mejor puedo ayudarle en algo...

—¡Sergio! —Llegó la voz de Mario—. ¿Eres tú?

Leontini dio una palmadita en una mejilla de su madre, y se dirigió al cuarto de baño. Abrió la puerta, entró, miró la cortina de plástico y se sentó en el blanco taburete.

—Soy yo —bostezó.

La cabeza de Mario, empapada en agua, apareció por un lado de la cortina. Los vivos ojos negros se posaron irónicamente en los del hermano menor.

—¡Vaya juerga...! ¿Eh?

—Regular... ¿Te falta mucho?

—Dos minutos. Estoy seguro de que necesitas una buena ducha fría, media docena de huevos, jamón, vino, algo de café... ¿Qué tal te ha ido?

—Bien.

—¿Cómo era ella?

—Oh, pues... Bueno, era pelirroja, y con unos ojos así de grandes, verdes... O azules, aún no estoy seguro. Y un cuerpo de sueño, hermano... La encontré en el Bleston Dancing, en la calle Cuarenta y dos... ¿Lo conoces?

—Algo he oído de él... ¿Qué pasó?

—Hombre... Bueno, yo estaba allí, y ella me miró, yo la miré... Me acerqué, y le dije que si quería bailar media docena de horas...

Se echó a reír, y me dijo que yo no parecía capaz de aguantar eso. Yo le dije que aguantaba media docena de horas bailando o... paseando, a gusto de ella. Se volvió a reír y me dijo que ella, más que pasear o bailar, prefería otra cosa... Yo le pregunté qué cosa, y ella...

Mario Leontini salió de la ducha, riendo con una toalla alrededor de la cintura, chorreando agua por todas partes.

—¿Qué dijo ella?

—Me preguntó si era tonto, y cuando le dije que no, me dijo que tenía un apartamento en...

CAPÍTULO VII

A media mañana, cuando Sergio Leontini tenía materialmente hundida la cabeza entre aquellos papelotes del negocio de vinos, la puerta de la cabina encristalada se abrió bruscamente, y la voz de Mario casi lo sobresaltó.

—¡Eh, Sergio! ¡Quiero que conozcas al señor Pieronte!

Leontini se puso en pie y se quedó mirando como aturdido a Luigi Pieronte, que lo miraba fijamente, con una extraña sonrisa que parecía contener una cierta complicidad. Detrás de él, los dos matones, Enrico y Giovanni.

—¿Cómo está, señor Pieronte? —musitó Sergio—. Ya sé que... Bueno, quiero decir que le agradezco la confianza..., la oportunidad que le ha dado a mi hermano para...

—Bueno, bueno, bueno —sonrió Luigi Pieronte—. No soy de los que invierten dinero en algo improductivo... ¿No es cierto, Mario?

—¡Cierto! —rió el mayor de los Leontini—. Y ahora todo irá todavía mejor, Luigi: Sergio se quedará conmigo, y los números van a ir muy disciplinados en este negocio...

—Todavía no he dicho que acepte, Mario.

—¡Tonterías! Escuche esto, Luigi: lleva aquí desde las nueve de la mañana, y ha hecho más trabajo que yo en tres días... ¿Qué le parece esto?

—Pues... Esperemos que el negocio sea sólo cuestión de números, Mario. Sería fantástico.

Mario se echó a reír. Le quitó a Pieronte un papel que éste tenía en una mano y lo dejó sobre la mesa que ocupaba Sergio.

—Anota esto. Recuerdas cómo se hace, ¿eh?

—Claro... Es un envío, ¿no?

—Exacto. Y... Mmmm... Creo que voy a ir a asegurarme de que

todo va bien. Ese cliente es un poco molesto, pero de los buenos. En seguida vuelvo...

—No se moleste, Mario... —sonrió Pieronte—. Yo mismo le dije a Justino que marcase el tonel de envío. Ya debe estar hecho.

—Bien... Demonios, Luigi, usted es una persona estupenda... No sólo me presta dinero, sino que me proporciona clientes...

—Tengo interés en ello, ¿no? —rió ahora Pieronte—. Cuanto mejor le vayan las cosas, antes me devolverá el préstamo. Además, yo vivo de este negocio, y usted, con su almacén, me evita a mí trabajos y molestias... ¿Qué hay de aquel envío a Connecticut?

—Está en camino. No me duermo, Luigi, se lo aseguro. Y con Sergio aquí, todo irá mejor... Vaya, demonios, quiero asegurarme de que ese envío está también en movimiento... En seguida vuelvo... ¿Lo anotas, Sergio?

—En seguida.

—¿A qué tanta prisa? —protestó amablemente Pieronte—. Esos envíos pueden esperar unas horas. Por pronto que salgan, llegarán de noche a su destino... Y el cliente prefiere que lleguen de madrugada. Pueden salir perfectamente esta noche.

—Cierto. Pero me gusta vigilar a mi gente. Ya vuelvo.

Mario abandonó la oficina alzada, desde la cual se veía todo el gran almacén de vinos importados de Italia. Sergio cogió el papel, lo miró y abrió el libro de «Expediciones»... Luigi Pieronte, encendiendo un cigarrillo, lo miraba con una amabilidad irónica, burlona.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó de pronto.

Sergio alzó la cabeza y fijó sus ojos en Pieronte, con expresión agradecida.

—Bien... Le agradezco mucho que no le haya dicho a Mario lo de anoche, señor Pieronte. Creo que se disgustaría conmigo.

—Es natural, ¿no? Cuando un hombre se enamora... o encapricha de una mujer, los demás hombres sólo sirven para estorbar, por buenas que sean sus intenciones.

—Cierto.

—Mmm... Respecto a los golpes que le dieron Enrico y Giovanni... Espero que no les guarde rencor.

—¿Por qué? —sonrió tímidamente Sergio—. Yo habría hecho lo mismo, ésa es la verdad.

Los dos guardaespaldas de Luigi Pieronte se echaron a reír. Pieronte también rió, pero con más discreción, más... delicadamente.

—¡Por supuesto! —exclamó—. ¿De veras piensa quedarse en Nueva York, Sergio?

—No lo he decidido en firme... Pero Mario está convencido de ello. Dice que hay mucho dinero a ganar para todos...

—¡La absoluta verdad! ¿Qué puede ofrecerle su empleo actual que no le ofrezca éste, con su hermano?

—Es lo que estoy pensando —murmuró Sergio—. Y, por el momento, creo que mi actual empleo sale ganando en las comparaciones.

—¿Se irá, entonces?

—Lo pensaré bien. No quisiera disgustar a Mario por nada, a menos que sea del todo necesario. Ya me fui hace doce años, señor Pieronte, en busca de algo más... abierto que un almacén lleno de toneles de vino, o de cualquier otra cosa. Me gusta viajar, ver gente nueva, tener un trabajo que me lleve de un lado a otro...

—Me parece bien. Bueno, creo que voy a bajar a ver si Mario está de acuerdo con algunas de mis iniciativas. Hasta luego.

—Adiós, señor Pieronte.

Lo estuvo mirando salir y bajar por la escalera de madera hacia el almacén, siempre seguido por Enrico y Giovanni. Luego, frunció el ceño pensativamente, cogió la nota de envío... Un tonel de doscientos galones a Douglas D. Paxson, en el 77 de Main Street, Plainfield, New Jersey. Anotó el envío en la libreta general. Luego buscó en el libro de clientes el nombre de Douglas D. Paxson y anotó también el envío. Iba a cerrar el libro cuando algo le llamó la atención. Se quedó mirando las anteriores anotaciones, y su ceño se frunció aún más. Según parecía, Douglas D. Paxson era, en verdad, un cliente más bien molesto... Poco inteligente, en realidad. No sabía ahorrar los costes de los envíos. Por ejemplo, si en el mismo mes un cliente pide diez toneles de uno en uno, siempre le saldrá más caro en el total que si pide diez toneles en un solo envío...

Era un detalle curioso, realmente. Douglas D. Paxson pedía como máximo dos toneles. A veces, durante tres días, recibía uno diario... Luego, estaba una semana sin pedir uno. Al cabo de esa semana, pedía un tonel. Y al día siguiente, otro... Cinco días de intervalo,

pedía otro tonel, y a los dos días, otro... Luego, a los tres días...

En tres meses había pedido cuarenta y dos toneles de vino italiano. Pero no en dos partidas de veintiuno, o una de veinte y otra de veintidós, sino en partidas de uno o dos toneles... Un cliente molesto y poco inteligente, sin duda.

Cerró el libro, se puso en pie y se acercó a la cristalera. Abajo, al fondo, vio a su hermano, conversando sonriente con Luigi Pieronte. Los dos parecían muy animados, satisfechos de la vida... Estuvo allá unos segundos, pensativo.

Luego, volvió a la mesa y continuó trabajando en los «papelotes» del almacén de vinos.

A la una menos cuarto, Mario apareció en la oficina alzada sobre un ángulo del almacén, sonriendo.

—Eh, «comenúmeros»: vamos a almorzar. Los demás ya han salido hace rato... Tomémonos una horita de descanso.

—Hay mucho trabajo aquí, Mario.

—Lo sé —rió su hermano—. Pero hay que tomarse las cosas con calma, hombre. Vamos: te invito a unas formidables piezas que...

—Creó que almorzaré más tarde. Ve tú.

—Oh, vamos, Sergio, no me hagas sentir como un explotador de hermanitos menores. ¿No te gustan las *pizzas* calentitas? Hay a dos manzanas de aquí una pizzería formidable... Y tiene buen vino: ¡se lo vendo yo!

Se echaron a reír los dos. Pero, al mismo tiempo, Sergio movía negativamente la cabeza.

—Iré dentro de unos minutos. O quizá no almuerce hoy. Aprendí a pasar sin comer cuando era necesario. Y no insistas: no me arrancarás de aquí hasta que yo tenga los números como a mí me gusta tenerlos.

Mario alzó las cejas.

—Bueno... No me extraña que con esa terca voluntad hayas prosperado... Sigue con los números. Iré yo a buscar las *pizzas* y almorzaremos los dos aquí. Va bene, ¿bambino?

—Va bene... —sonrió Sergio—. Te espero aquí.

Tardó cinco minutos.

Mario Leontini volvió a bajar la escalera de anchos peldaños de madera que llevaba desde el almacén a la oficina. Sergio estuvo inmóvil mientras oyó sus pisadas. Luego se puso en pie, de pronto,

y se acercó a los cristales, mirando hacia la puerta del almacén, que Mario trasponía en aquel momento.

Y apenas Mario hubo salido, lo hizo él de la oficina, corriendo escalera abajo. Se dirigió al fondo del almacén, donde localizó inmediatamente el tonel de vino que buscaba: aquél en cuya etiqueta de envío constaba el nombre del cliente llamado Douglas D. Paxon.

Naturalmente, estaba tapado ya, listo para el envío. Cogió una de las palanquetas especiales para destapar toneles, y arrancó un par de anchos listones; luego, dos más... Y se quedó mirando el rojo vino italiano, como decepcionado.

De pronto, frunció el ceño. Se subió más la manga de la camisa y metió el brazo dentro del vino, buscando hacia el fondo... Se mordió los labios y quedó inmóvil de pronto... Estuvo así unos segundos, como aturdido. Luego, muy despacio, fue sacando la mano, que apareció chorreando vino, crispada sobre unos empapados cabellos. En seguida, aparecía un rostro, una cabeza, que parecía teñida de rojo; el vino resbalaba por la crispada faz rápidamente, dejando un extraño tono morado, de vino aguado.

Y las cadavéricas facciones del viejo Paolo Mazzola aparecieron, fácilmente identificables.

De nuevo quedó Sergio Leontini como aturdido, contemplando el rostro del viejo amigo que, finalmente, había tomado un mal camino... que alguien había cortado.

La idea tenía que surgir, inevitablemente, en el cerebro de Sergio Leontini: ¿por qué matar al viejo Paolo en lugar de liquidarlo a él, que era quien había llegado preguntando? Por supuesto, era obvio que no querían que él siguiese preguntándole cosas a Paolo. Pero era fácil comprender que si Sergio Leontini estaba dispuesto a cruzar el muro impenetrable hacia la Cosa Nostra, no cejaría aunque matasen a Paolo Mazzola. Entonces, lo inteligente por parte de la Cosa Nostra habría sido matarlo a él, a Sergio Leontini, único modo de evitar que él continuara preguntando, si no a Paolo, a otros...

¿Por qué matar a Paolo y no a él? Parecía una orden absurda, pero alguien la había dado.

Abrió la mano, y Paolo Mazzola se sumergió silenciosamente en el tonel, creando un pequeño remolino de rojo vino. Después, todo

quedó como si allí nada estuviera pasando. El vino era tan oscuro que no permitía ver a Paolo... Naturalmente: no iban a emplear vino claro para esconder cadáveres...

Cerró de nuevo el tonel, rápidamente, dejándolo todo como lo había encontrado. Luego fue a los lavabos y se lavó concienzudamente el brazo que había sumergido en el vino, asegurándose de que no se había manchado la camisa con salpicaduras...

—¡Sergio!

La fuerte voz de su hermano lo sobresaltó un instante. Salió de los lavabos, mirando hacia la alzada oficina. Mario estaba allí, mirando hacia todos lados, buscándole.

—Ya subo, Mario. Estoy lavándome las manos.

—¡Que se enfrían las *pizzas*!

Cuando Sergio salió de los lavabos, Mario estaba a punto de entrar a buscarlo. Llevaba una botella en una mano.

—Vaya, por fin estás listo... Eh, fíjate en esta botella, bambino: es para nosotros. Los Leontini beberemos vino embotellado a partir de ahora... ¿Eh? ¿Qué te parece la idea?

Sergio Leontini se quedó mirando fijamente los oscuros ojos de su hermano mayor, el fuerte, simpático, guapo Mario, que parecía completamente feliz, despreocupado, alegre...

—Muy buena... —consiguió sonreír—. Muy buena, Mario.

* * *

A las seis de la tarde, Mario Leontini entró en la oficina, se quedó unos segundos mirando a Sergio con el ceño fruncido y, de pronto, lo cogió por los sobacos, lo arrancó de la silla y lo dejó delante de la percha.

—La jornada terminó, bambino. Y la vida no es sólo trabajo. ¿Te gustaría divertirme un rato?

Sergio señaló la mesa, sonriendo.

—Preferiría terminar...

—¡No! —Mario le tiró su chaqueta—. Ponte esto y vámonos de aquí. Si hay algo que hacer, ya lo haré yo después de cenar. Si no recuerdo mal, tú has venido de vacaciones, ¿no es así?

—Cierto... ¿Después de cenar vas a venir?

—No creo. Vengo con frecuencia, porque mi cabezota precisa

mucho silencio para concentrarme en cosas serias. Pero estando tú aquí, no creo que venga. Si esta noche sales de juerga otra vez, iré contigo... Apuesto algo a que eres un granuja que has aprendido a divertirme. Por cierto, la pelirroja de anoche... ¿Eh?

Acabó de ponerle la chaqueta, con cariñosa rudeza, y se quedó mirándolo maliciosamente.

Sergio guiñó un ojo.

—Hay muchas mujeres en Nueva York... ¿Por qué buscar otra vez a la pelirroja de anoche? —sonrió.

Mario se echó a reír, golpeándole la espalda de aquel modo que parecía capaz de romperle los huesos a Sergio.

—¡Vamos a divertirnos! —exclamó.

—Bueno...

—¿Qué pasa?

—No te molestes conmigo, Mario, pero no voy a salir hoy. Ha sido un día pesado... Creo que iré a ver unos minutos a Ángela ahora. Así no tendré que salir esta noche y podré quedarme en casa, charlando con mamma y contigo.

—No está mal pensado... Y ya sé lo que haré yo después de cenar mientras tú ves un poco la televisión: vendré aquí y, en silencio y tranquilo, te adelantaré el trabajo de mañana. Así, mañana por la tarde estarás más fresco y nos iremos a divertir... ¿Va bene, piccolo?

—Va bene —musitó Sergio.

—Pues ve a ver a Ángela... Cenaremos a las ocho.

* * *

Ángela sonrió dulcemente al verlo. Lo dejó pasar, cerró la puerta y se quedó mirándolo fijamente. De pronto, se sonrojó, pero al mismo tiempo rodeaba con sus bracitos el cuello de Sergio, alzando los tiernos y frescos labios.

—Mio caro... —Temblaron.

Sergio la besó larga, profundamente, notando en su nuca los deditos de Ángela, temblorosos. Luego, suspirando, la muchacha quedó abrazada a él, apoyando la cabeza en el duro y flaco pecho...

—Tienes que hacerme un favor, Ángela —musitó Sergio.

—Oh, sí... —Ella lo miró—. Sí, Sergio, lo que quieras...

—Vete a dar un paseo.

—¿CÓ... cómo...?

—Ve a dar una vuelta... —sonrió él—. Una larga vuelta de una hora, Ángela.

—Pero no entiendo...

—Tengo que hablar con Salvatore. Y no quiero que oigas nada de lo que hablamos... No quiero mezclarte en esto.

—¿En qué? —se sorprendió Ángela.

—¿No quieres ir a dar un paseo?

Ella estuvo unos segundos mirándolo fijamente. De pronto, deshizo el abrazo y asintió con la cabeza.

—¿Una hora? —susurró.

—O dos. Quizá la conversación sea larga... Depende de Salvatore. Cuanto más tardes, mejor.

—Está bien...

Ángela estaba no poco perpleja, pero, evidentemente, dispuesta a obedecer. Salió del piso poco después, y Sergio entró en el dormitorio de Salvatore Rossi, recibiendo en seguida el impacto de la mirada del inválido. En silencio, Sergio se sentó junto a la cama, colocando la silla con el respaldo por delante. Encendió dos cigarrillos, dio uno a Salvatore, estuvo mirándolo unos segundos, siempre los dos en silencio, y de pronto empezó a hablar:

—Te diré lo que ocurrió, Salva. Lo más malo de todo ello es que tú, como el viejo Paolo, dejasteis de ser honrados en determinado momento... Pero no vamos a discutir sobre eso ahora, sino sobre lo que te ocurrió a ti. Veamos: aceptaste trabajar para Luigi Pieronte, hiciste algo que él te ordenó, y luego tomaron represalias contigo. Quien hizo eso no estaba de acuerdo con Pieronte en algo... ¿Quién era esa persona y por qué peleaba contra Pieronte?

—Estás..., estás perdiendo el tiempo —musitó roncamente Salvatore.

—Tengo mucho tiempo para perder. Y una cosa te aseguro: no me moveré de este dormitorio hasta que hayas contestado a mis preguntas, o me expliques todo lo que sepas sobre el asunto. Soy muy tenaz, Salva.

—Y muy raro... ¿Por qué te interesa todo esto?

—Me gusta saber lo que pasa en mi barrio... Y si lo que pasa no me gusta, me llevaré de aquí a mi madre. ¿Te satisface la respuesta?

—No es mala. Pero no tengo nada que decirte.

—En cambio, sí tienes cosas que pedirme. Hagamos un trato, Salva: yo me llevo de aquí a Ángela, me caso con ella, y...

—Eres demasiado generoso. Olvida lo que te pedí ayer.

—¿Olvidarlo? —sonrió Sergio—. ¿Por qué he de hacerlo, si es algo que me agrada?

—No te entiendo.

—Quiero a Ángela. De veras —sonrió—. No es broma, ni una mentira para sonsacarte. La quiero, Salva. Y me iré pronto de aquí, con ella. También espero conseguirte un médico que sea capaz de curarte esa lesión de la espalda. Haré todo eso, Salva. Pero, antes, quiero que tú me expliques lo que sepas sobre el grupo de la Cosa Nostra que está residiendo en mi barrio.

—¿Qué ganarás sabiendo esas cosas?

—Todavía no lo sé. Pero tomaré alguna decisión al respecto. Salvatore Rossi se echó a reír amargamente.

—Estás tonto, Sergio... ¡Ni tú ni nadie puede tomar decisiones respecto a la Cosa Nostra! Ellos toman las decisiones.

—Querrás decir que las toma Luigi Pieronte. Salvatore miró alarmado a Leontini.

—¿Lo sabes?

—Sé muchas cosas que te sorprenderían sobre Luigi Pieronte y otras personas...

—¿Lees los periódicos? —sonrió tristemente Rossi.

—Pues..., sí. Eso es exactamente... —sonrió Sergio—. Y ahora, Salva, dime lo que pasó. Si quieres que yo os ayude a ti y a Ángela, primero debes ayudarme tú a mí.

Salvatore Rossi estuvo silencioso casi un minuto, mirando al amigo de la niñez. Por fin, asintió con la cabeza.

—Está bien... —murmuró—. La verdad es que siento deseos de decírtelo, de que ocurra algo que solucione eso definitivamente, para bien o para mal. No puedo pasarme la vida aquí y en estas condiciones, de modo que ocurra lo que Dios quiera... Y ya que quiero hablar, nadie mejor que tú para escucharme. Siempre..., siempre fuimos buenos amigos, Sergio. Después de que yo haya hablado, quizá... no querrás seguir siendo mi amigo.

—¿Qué hiciste? —susurró Sergio.

—Maté a un hombre.

Se quedó mirando expectante a Sergio, pero el rostro de éste no

se alteró lo más mínimo. Alzó las cejas, dio otra chupada al cigarrillo y eso fue todo, salvo pedir:

—Sigue.

—¿No te... horrorizas?

—No. ¿Lo hiciste por orden de Pieronte?

—Sí. Trabajaba para él, igual que otros; algunos, de ascendencia italiana; otros, americanos.

—Luigi Pieronte pertenece a la Cosa Nostra, ¿no es cierto?

—Sí. Y yo también.

—Se supone. ¿Qué pasó exactamente?

—Un hombre llamado Harold Simonson llegó un día al barrio, y empezó a dedicarse a cosas que no gustaron a Luigi Pieronte...

—¿Drogas, contrabandos...?

—Sí... Ese Harold Simonson era un gánster, que parecía dispuesto a aposentarse definitivamente en el barrio.

—¿No sabía que el barrio estaba ya... podrido por la Cosa Nostra?

—Creo que lo sabía, pero estaba dispuesto a pelear. Y como Luigi no quería competidores y lo tenía todo muy bien montado, decidió eliminarlo, tras un par de advertencias. Me envió a mí. Estudiamos bien el asunto... Esperé a Harold Simonson a la salida de un teatro, al cual iba a ver a una chica... Siempre entraba y salía por la puerta de artistas. Luigi me aseguró que siempre iba solo a ver a esa chica, de modo que, simplemente, esperé a que saliese y le disparé. Lo..., lo maté. Pero no era cierto que siempre fuese solo... Fui un estúpido.

—¿Qué ocurrió?

—Tenía un auto esperándole en el callejón... Apenas hube disparado contra él, el auto salió disparado hacia mí... Eché a correr, pero me alcanzaron cuando salía del callejón...

—¿Estabas solo allí? ¿No te acompañó ninguno de tus compañeros de la Cosa Nostra?

—No... Se suponía que era todo muy fácil...

—Entiendo. Una gran ingenuidad la tuya, Salvatore. Supongo que has comprendido la jugada de Pieronte.

—La comprendí más adelante, cuando tuve... tiempo para pensar. Él me envió allá a matar a Harold Simonson, sabiendo que también a mí me matarían los hombres de Simonson... Pero eso no

le importaba. Todo lo que importaba era liquidar a Simonson.

—Exacto. Sigue.

—Bueno... El resto me lo contaron cuando... estuve en condiciones. Hicieron una completa liquidación, después de que yo matara a Harold Simonson...

—¿Una completa liquidación? —musitó Leontini.

—Sí... Se ocuparon de la chica que Simonson iba a ver, y de los hombres de éste... Todo terminó, todos desaparecieron...

—¿Camino del cementerio? Salvatore lo miró sobresaltado.

—¿Qué..., qué dices?

—Me has entendido bien. Estoy hablando de un cementerio especial, Salvatore. Paolo me habló de él... Es decir, lo mencionó. Luego, anoche mismo, lo mataron. Emmm... Bueno, así lo supongo, al menos, porque no he podido localizarlo otra vez... ¿Qué sabes tú de ese cementerio?

—Sergio —tembló la voz de Salvatore—. Sergio, no quiero decirte nada más... ¡Nada más! Y no lo hago por mí, sino por ti... Amigo, créeme: vuelve a tu trabajo, aléjate de este barrio, olvida a la Cosa Nostra... ¡Por tu bien, Sergio!

—No te preocupes por mí —sonrió fríamente Sergio—. ¿Se llevaron a esa chica del teatro y a los hombres que quedaban de Simonson al cementerio? ¿Desaparecieron todos, incluso el coche que te atropelló?

—Sí...

—¿Sabes dónde está ese cementerio, Salva?

—¡No!

Leontini esbozó una dura mueca.

—¿Tampoco sabes cómo llevan a él a los eliminados?

—No... Tampoco...

—Estás mintiendo... Pero no importa, Salva... No importa ya. Es de suponer que sabes que pertenecías... o perteneces a un grupo de la Cosa Nostra dedicada especialmente al asesinato por encargo... Lo sabes muy bien, ¿no es cierto?

Salvatore asintió con la cabeza, sombrío el gesto.

—Ese grupo lleva cometidos más de tres docenas de asesinatos en seis meses... Bueno, ésa es una cantidad que se calcula de un modo... aproximado. Seguramente son muchos más. Eso, en sí, ya es malo. Pero si permitimos que este grupo de la Cosa Nostra

prosperare, sobreviva, todo el país se irá llenando de grupos parecidos... Fíjate bien, Salva: tu grupo de la Cosa Nostra hacía todo lo malo que se puede hacer en materia delictiva. Pero, además, se dedica de un modo profesional al asesinato... Hoy por hoy, esto sucede en Nueva York solamente. Pero... ¿te imaginas lo que puede llegar a ocurrir en Estados Unidos si la Mafia y la Cosa Nostra, en lugar de matarse unos a otros por ajustes de cuentas y cosas así, cosas vuestras..., se dedicase a formar grupos de asesinos por encargo? Ya pasamos por eso, y se eliminó bastante, casi completamente. Ahora, ha vuelto a brotar, mucho más perfecto todo: se mata a la gente y los cadáveres desaparecen; incluso en tan sólo cuatro manzanas, un cadáver lo hacéis desaparecer. Es... demasiado perfecto para que lo dejemos pasar por alto. La cosa se hace de este modo: se comete el asesinato, se lleva el cadáver a un lugar desde el cual resulta fácil, seguro y cómodo llevarlo al cementerio privado... y ya está. No hay cadáver, no hay pistas... No hay nada. Perfecto.

—¿Y tú quieres destruir eso? —murmuró Salvatore.

—Sí.

—Estás loco... ¿Quién eres tú, a fin de cuentas? Vas a salir destrozado.

—Quizá. Pero cortaré eso de los cementerios... particulares. Ya nos veremos, Salvatore.

—¿Ya no me preguntas más?

—Es suficiente. Sólo quería estar seguro de que no estaba equivocado en mis suposiciones. Dile a Ángela que volveré mañana a verla... Eso espero, al menos.

—Sergio, ¿quién eres..., qué eres?

—Adiós, Salva.

—¡Espera! ¿Qué pasará conmigo?

Sergio Leontini se detuvo en la puerta del dormitorio y se quedó mirando a su amigo de la niñez.

—No sé, Salva —musitó—. Ni siquiera sé lo que pasará conmigo, o con Mario... Te aseguro que no lo sé. Todo lo que puedo hacer es prometerte que intentaré arreglar las cosas del mejor modo posible para todos. No sé cómo, pero lo intentaré. Siempre y cuando no tenga que hacer nada contrario a mis ideas. Hasta la vista, Salva.

CAPÍTULO VIII

—Bueno —suspiró Mario—, creo que ha llegado el momento de corresponder a tu esfuerzo. Iré a trabajar aunque sólo sea un par de horas.

—¿Hoy también vas al almacén? —protestó mamma María.

—Dentro de pocos días, Sergio lo tendrá todo al corriente. Pero si quiero que así sea sin abusar demasiado de él, lo menos que puedo hacer es ayudarle, ¿no?

—Quizá harías mejor yendo a ver a tu novia —bromeó Sergio.

—Ya fui ayer.

—¿Sí? Vaya... ¿Cuándo vas a presentármela?

—No sé... Cualquiera día de éstos. Oye, si me entretienes charlando te vas a quedar sin ayuda... Conque decide: ¿me voy o charlamos?

—Decide tú mismo, Mario.

Mario miró brevemente a su madre.

—Bueno... Ya hablaremos luego, si no piensas acostarte demasiado temprano.

—Aún no lo sé. Pero lo cierto es que estoy cansado.

—Entonces, ya hablaremos mañana. Quiero tener al corriente todos mis papeles para el fin de semana. Adiós.

Mario salió de la casa. Sergio miró entonces a su madre, sonriendo.

—Trabaja demasiado. ¿Va todas las noches al almacén, mamma?

—Casi todas. Menos las que va a ver a esa... chica. Ella le llama por teléfono, y entonces Mario se olvida del almacén y de todo.

—¿Mario sólo va a verla cuando ella le llama por teléfono?

—Sí. Anoche le llamó... Y muchas noches. A veces, algunas seguidas.

—¿Por qué no te gusta esa chica, mamma?

—Por lo que Mario me contó al principio, parece que vive sola, que tiene dinero, que es muy hermosa... Tuve la impresión de que ella es una mujer... que quiere volar más alto de lo que Mario podría llevarla.

—¿Piensa Mario eso mismo? —continuó sonriendo Sergio, sin que su madre notase el esfuerzo.

—No lo sé... Quizá sí, porque creo que fue por ella que aceptó lo del almacén. Ya conoces a tu hermano: nunca fue demasiado ambicioso. Ni siquiera en la escuela, ni en los deportes, a pesar de que podría haber sido..., ¡qué sé yo!, campeón de algo... Pero siempre fue tranquilo, sin ambiciones... Tú mismo, un día dijiste que esto era poco, y te marchaste a buscar cosas mejores... El, no. Y seguiría conduciendo un camión, supongo, si no quisiera ganar mucho dinero para..., para...

—¿Para votar a la altura de esa chica?

—Creo que sí...

—Bueno, eso no es malo, mamma. Un hombre tiene la obligación de... Yo iré.

Habían llamado a la puerta. Sergio se puso en pie y fue hacia allí. Antes de abrir miró por la rejilla. Casi se sobresaltó, pero sólo un instante. Abrió y se quedó mirando a Ángela, sonriendo.

—¿No puedes pasar sin mí?

—Sergio, Salvatore no está... ¡No está en casa! ¿Qué ha pasado?

—Pero... ¡No ha pasado nada! ¿Qué significa eso de que él no está en casa?

—¡No está! Volví a casa no hace mucho, porque quería... Como tú me dijiste que cuanto más tardase mejor, yo...

—¡Deja eso ahora! ¿Acaso..., acaso Salvatore podía caminar?

—No... ¡Te aseguro que no! Oh, Dios mío, creí que tú sabrías algo, que quizá querías darme una sorpresa, o algo... He estado esperando un rato, pero...

Sergio había llevado a Ángela al comedor-cocina, donde mamma María, recogiendo algunas cosas, se quedó mirando a la muchacha, sobresaltada.

—¿Qué pasa, Ángela?

—Salvatore... ¡No está en casa! Sergio estuvo antes, y me...

Sonó el teléfono. Sergio lo descolgó, lentamente, pensativo, un

poco pálido.

—¿Sí? —musitó.

—¿...?

—Oh... No... No está.

—¿...?

—Pues creo que ha ido al almacén... ¿Quién le digo que ha llamado?

—...

—Ah, sí... Milva... Bueno, avisaré por teléfono a Mario, y él la llamará desde allí... O llame usted dentro de unos minutos, si lo prefiere. No tardará en llegar allá.

—...

—De nada... Adiós.

Colgó, y se quedó mirando a su madre.

—Una chica llamada Milva... ¿No es ése el nombre de la novia de Mario? —preguntó, como si no conociera a Milva Assunto.

—Sí... Ella era. Hoy también querrá que él la visite... Te has quedado sin ayuda, Sergio.

—No importa. —Sergio miró a la asustada Ángela—. No importa eso, mamma. Y tú no te asustes, Ángela. Quédate con mi madre y yo veré de enterarme de lo que haya podido ocurrir... ¿Nadie te ha dicho nada, ningún vecino sabe algo de Salvatore...?

—No sé... Vine aquí después de esperar un poco. ¿Qué..., qué puede haber pasado...?

—Tranquilízate. Quédate aquí con mamma, y yo me ocupo de todo.

—Pero yo..., yo no comprendo...

—Ya verás como todo tiene una fácil explicación.

Sergio salió de la cocina, directo hacia su dormitorio. Entró, sacó la maleta del ropero, la colocó sobre la cama y la abrió. Sacó algunas cosas que quedaban dentro, y cuando estuvo vacía presionó fuertemente en un ángulo. El ángulo diagonalmente opuesto se alzó, y entonces Sergio quitó la tapa del doble fondo, dejando al descubierto algunos pequeños aparatos metálicos y una pistola, con fundas y atalajes finísimos, de plástico transparente. Se colocó la funda, sujetando unos atalajes a otros por simple adhesión. Echó un vistazo al cargador de la pistola, la metió en la funda, se puso la chaqueta y empezó a meterse los pequeños aparatos metálicos por

los bolsillos, dejando sobre la cama uno un poco más grande, casi como un paquete de cigarrillos. Vacío su paquete de cigarrillos, metió dentro aquel aparato, y luego colocó algunas puntas de cigarrillos encima, cubriéndolo.

Colocó el doble fondo de la maleta, volvió a colocar dentro los objetos que antes había sacado, la guardó de nuevo en el armario y se quedó inmóvil junto a éste, pensativo. Apretó el falso paquete de cigarrillos, manteniéndolo cerca de su rostro.

—Adelante —brotó una voz del paquete.

—Leontini. Nos vemos dentro de diez minutos en el almacén... Cuidado.

—Okay, Leontini. ¿Más?

—Nada más.

Volvió a apretar el paquete de cigarrillos, lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y salió del dormitorio. Pasó por la cocina, donde mamma María y Ángela continuaban comentando la desaparición en verdad sorprendente y sobre todo inquietante de Salvatore Rossi. Sergio escribió algo en un papel y lo tendió a Ángela.

—No es necesario que toméis el avión, de momento. Salid dos minutos después que yo, tomad un taxi y haceos llevar a esta dirección. Decid quiénes sois... Y no preocuparos por nada más. ¿Va bene?

—Sergio, hijo...

—Hasta luego, mamma.

Leontini consiguió sonreír. Dio un beso a su madre en una mejilla y otro a Ángela en los labios, pero de un modo seco, duro... Cuando las dos mujeres quisieron reaccionar, Sergio Leontini ya se había marchado.

* * *

Las grandes puertas delanteras del almacén estaban abiertas. Es decir, ajustadas, sin cerrar con llave. Y Sergio Leontini pasó entre ellas abriéndolas lo indispensable. Inmediatamente, miró hacia arriba, hacia el despacho. No había luz allí... Ni en ningún sitio del almacén.

Volvió a ajustar las grandes puertas y quedó inmóvil, como clavado en el suelo.

—Mario —llamó. Silencio.

—Sé que estás aquí, Mario. Quiero hablar contigo. Silencio.

Hosco el gesto, Sergio Leontini sacó uno de sus pequeños objetos metálicos, del cual brotó un fino rayo de luz, directo hacia el fondo del almacén, donde se apilaban la mayoría de los toneles. Caminó hacia allí, resonando apenas sus pasos en la gran nave. Bien... Quizá era cierto que Mario no estaba allí. Milva debía haberlo llamado ya, y él se había ido a visitarla.

Llegó al fondo del almacén. Junto a la puerta, de atrás, estaba el tonel cerrado y dirigido a Douglas D. Paxton, el que, sin duda, contenía el cadáver de Paolo Mazzola. Y junto a ese tonel, dos más, abiertos, con las tapas a un lado, en el suelo... Junto a las tapas, unos mazos para encajar las tapas herméticamente.

Y un poco más allá, un cuerpo de hombre. La fina raya de luz fue inmediatamente hacia el rostro.

—Salva...

Sergio se arrodillo inmediatamente junto al amigo de la niñez. Tenía el rostro crispado, frío... Se veían dos manchas de sangre casi completamente seca en el pecho. Salvatore Rossi ya no necesitaba ningún médico.

Sergio Leontini se relajó, pareció perder fuerzas...

Y su mano, al bajar, movió la pequeña linterna de modo que la luz dio en un pie... Un pie de hombre. La luz se deslizó siguiendo la pierna, el torso... El rostro de Mario Leontini quedó iluminado. Estaba con los ojos abiertos desmesuradamente, en una mueca de asombro y espanto.

Leontini saltó hacia él, casi perdiendo el equilibrio. Quedó arrodillado junto al cadáver de su hermano, mirando horrorizado los abiertos ojos, el hermoso rostro de Mario Leontini crispado en aquella última mueca de asombro y miedo. Dejó la linterna en el suelo, de modo que el fino rayo de luz iba hacia el techo, como una varilla iluminada, esparciendo un suave resplandor en torno.

Las manos de Sergio Leontini se acercaron, temblorosas, al rostro de su hermano.

—Mario... Hermano...

Oyó el suave crujido a su espalda y se encogió, echándose hacia un lado... Mientras hacía esto, oía el silbido sordo de algo que se acercaba a él..., y la porra golpeó en su hombro izquierdo, de lado,

produciéndole más que dolor la sensación de una quemadura. Cayó de lado, pareció rebotar y quedó en pie, ya vuelto hacia el hombre que se estaba tambaleando debido al fallo del fuerte golpe.

Una sombra apenas, escasamente vislumbrada al resplandor de la pequeña linterna. Pero suficientemente visible.

El huesudo puño de Sergio Leontini salió lanzado hacia la sombra, golpeando con una fuerza tremenda en el estómago del hombre, que lanzó un gemido ahogado y se encogió, soltando la porra. Simultáneamente, otro hombre apareció, casi detrás de Sergio, que se volvió, alzó un pie rudamente y la punta se hundió en el bajo vientre del hombre, que cayó hacia delante, doblándose angustiosamente... Todavía estaba en el aire cuando el puño de Leontini entró de nuevo en acción, contra la mandíbula del hombre, en un cruzado fortísimo, escalofriante, que hizo crujir con seco chasquido la cabeza del desconocido, y lo envió rodando no menos de cuatro yardas más allá, hacia las sombras, como un muñeco roto.

Sergio Leontini se volvió en el acto hacia el primero de los desconocidos, que se estaba enderezando, jadeando. Con un solo paso quedó ante él, y su mano derecha, como si se hubiera convertido en un hacha, golpeó al hombre en un lado del cuello, con tal fuerza que pareció aplastarlo contra el suelo, dejándolo allí, ya inerte, inmóvil.

Como si nada hubiera ocurrido, Sergio Leontini volvió a arrodillarse junto a su hermano, sacando el paquete de cigarrillos que contenía la radio. Efectuó la llamada.

—Adelante.

—Leontini. No entren todavía... Tiene que llegar un camión, y recoger unos toneles de vino. Estén atentos, y detengan en silencio y con cuidado a los hombres que lleguen en ese camión... Llegará por la parte de atrás. Luego, entren. Utilicen sólo linternas.

—Bien. ¿Más?

Sergio Leontini se mordió los labios, fijos los ojos en el crispado rostro de su hermano.

—No... —musitó—. Lo demás, puede... esperar.

—¿Está bien, Leontini? ¿Le ocurre...?

—Estoy bien. Corto.

Guardó la radio, examinó a los dos hombres y frunció el ceño al reconocerlos como dos de los empleados del almacén. Bien..., no

había por qué extrañarse, realmente. Por supuesto, Luigi Pieronte los tenía allí para obedecer directamente sus órdenes.

En cuanto a Mario, se había equivocado. Realmente, Mario no sabía nada de nada... Como siempre, había pecado de ingenuo, de cándido... El almacén a su nombre, sí; pero era Luigi Pieronte quien lo utilizaba, como una... funeraria. Allí llegaban los cadáveres, eran metidos en los toneles y enviados a Douglas D. Paxon, quien, a su vez, debía llevarlos al cementerio privado de la Cosa Nostra. Y por eso, por no saber nada, por no estar mezclado con la Cosa Nostra precisamente, había sido utilizado Mario Leontini, uno de los más honrados hombres del barrio. ¿Quién había de sospechar nada de cualquier cosa relacionada con él? Luigi Pieronte había sabido sacar buen partido de la fama de honrados que siempre habían tenido los Leontini. Mario exportaba vino desde su almacén, sin haber sabido jamás que, al mismo tiempo, exportaba cadáveres.

En cuanto a Milva Assunto... ¡Estaba todo tan claro ahora! Ella estaba en combinación con Pieronte, naturalmente. Quería tener a Mario bien atrapado, introducirlo en una ciase de vida que le obligase a ganar mucho dinero... Pieronte le presenta a Milva, y ella finge enamorarse de él. Y las noches en que hay que meter cadáveres en algún tonel, le llama. Y mientras Mario está con ella, sus dos empleados, obedeciendo las órdenes de Luigi Pieronte, entran en el almacén, meten el o los cadáveres en los toneles, los marcan. Al día siguiente, sólo hay que poner la dirección de Douglas D. Paxon en el tonel marcado..., y los cadáveres salen hacia el cementerio de la Cosa Nostra.

Sólo que aquella noche todo había sido demasiado precipitado. Mario llegó al almacén antes de que los dos hombres hubiesen metido el cadáver de Salvatore Rossi en el tonel. Sorprendió a los dos hombres, les pidió explicaciones...

¡Explicaciones! Tres navajazos en el vientre, ésas habían sido las explicaciones...

Después de atar a los dos hombres mientras iba pensando esto, Sergio Leontini los registró. Pero no encontró las navajas. Sin duda, estaban dentro de alguno de los toneles. Claro... Cuando un arma era utilizada, se la hacía desaparecer. Ni rastro de nada: ni de armas ni de cadáveres...

Aqué! era el camino que había seguido el agente del

F. B. I.

acribillado a balazos noches antes. ¡Desaparecido en cuatro manzanas...! ¡Claro que no! ¡Había sido metido en un tonel, enviado al cementerio...!

Leontini tapó los dos toneles vacíos de cadáver, y colocó en ellos la etiqueta de envío a Douglas D. Paxon, que ya estaba preparada. Al peso, no se notaría la ausencia de cadáver, en virtud del principio de Arquímedes: todo cuerpo sumergido desplaza su propio peso del líquido donde se sumerge. Es decir, que el tonel pesaría lo mismo, aproximadamente, si contenía sólo vino, o vino y un cadáver.

Regresó junto a su hermano y se sentó en el suelo. Apagó la luz de la linterna tras mirarlo unos segundos, y lo acarició en la oscuridad, tristemente. Mamma María lo entendería, desde luego... Sufiría mucho, pero lo entendería: Mario había muerto por ser honrado. Entonces, él podría decirle la verdad de su trabajo, y ella estaría de acuerdo en que se jugase diariamente la vida precisamente en favor de personas como Mario Leontini, el hijo querido, el admirado hermano... El ingenuo, hermoso y siempre honrado Mario Leontini...

* * *

El camión llegó poco después. Lo oyó detenerse afuera... Luego, durante quince o veinte segundos no oyó nada. Y transcurrido ese tiempo, la llamada en su radio: bip, bip, bip...

—Leontini —dijo roncamente.

—Los tenemos. Sólo son dos. Vamos a entrar con ellos.

—Está bien.

Permaneció inmóvil mientras se abrían las puertas de detrás del almacén. Media docena de hombres entraron, volvieron a cerrar las puertas, y entonces se encendieron dos linternas, potentes.

—Leontini —llamaron.

Se puso en pie, lo vieron y se acercaron a él. De los seis hombres, dos estaban con las manos a la espalda, vigilados por otros dos. El resto se acercó a Leontini, y el de más edad, tras mirar el cadáver de Mario se mordió los labios y miró consternado a Sergio.

—Lo siento.

—Gracias, señor. No..., no pude evitarlo. Quería vigilarlo, porque..., porque sospechaba de él, tal como informé esta tarde por la radio. El vino aquí, yo me retrasé... ¿Lo han estado viendo todo?

—Sólo vigilábamos de lejos, Leontini —murmuró el hombre de más edad—. Usted nos lo recomendó así, hablándonos del muro impenetrable.

—Es cierto, señor...

—Bien... Tenemos ya la pista, de modo que si quiere retirarse de esto y ocuparse del cadáver de su hermano...

—Quiero seguir, señor. ¿Puede... dejarme a Luigi Pieronte? Se lo ruego, señor.

El hombre se quedó mirando fijamente a Sergio.

—Llegó usted con unas referencias excelentes, Leontini: no las estropee por una venganza personal.

—No es por eso, señor. Quisiera ser yo quien atrapase a ese asesino... Quiero ser yo quien le dé ese golpe a la Cosa Nostra. Él es el jefe del grupo, tal como sospechábamos... Déjeme que sea yo quien lo detenga, señor.

—Bien... Creo que se lo merece, Leontini. De acuerdo: llévese a dos compañeros. ¿Suficiente?

—Sí, señor.

El otro asintió con la cabeza. Sacó su radio del bolsillo y la accionó.

—¿Mike? Atiende: quiero a doce de vosotros, en tres coches, esperando en el cruce de la Veintidós Nacional y la Veinticuatro Estatal. Nosotros saldremos de aquí en un camión, llevando algunos detenidos... Cuatro, exactamente. Ellos nos llevarán sin vacilaciones hacia el setenta y siete de Main Street, en Plainfield, a ver a ese Douglas D. Paxon. Cuando pase el camión, poneos en cola, con discreción... Pero id bien armados. Es seguro que en ese cementerio habrá algunos... vivos.

—Entendido, señor. ¿Qué hacemos con Luigi Pieronte?

—Ya se ha roto el muro impenetrable... Sergio Leontini, de San Diego, se encarga de Pieronte. Espero que podamos regresar dentro de... un par de horas, si todo va bien. Para entonces, Pieronte habrá llegado al final de su camino.

CAPÍTULO IX

—La culpa de todo la tiene ese maldito entremetido de Sergio Leontini —masculló Luigi Pieronte—. Hasta que él llegó todo iba bien en nuestros asuntos.

—¿Sigues pensando que es algo más que un contable de una casa dedicada a comerciar con frutas? —rió secamente Milva Assunto.

—No... No es eso. Pero él ha conseguido que los acontecimientos se salgan de su cauce normal. Anoche tuvimos que matar a Paolo Mazzola, y esta tarde a Salvatore Rossi, porque Sergio Leontini se acercaba mucho a ellos... Y sabemos que son viejos amigos de los Leontini...

—Que «eran», querrás decir —puntualizó Milva.

—¿Qué más da? Lo peor, desde luego, ha sido lo de Mario...

Luigi Pieronte se dejó caer en un sillón, malhumorado, con el vaso de *whisky* en una mano y el cigarrillo en la otra. Enrico y Giovanni estaban junto al bar, mirándolo expectantes; no era frecuente encontrar preocupado a Luigi. Milva, por su parte, yacía cómoda, lánguidamente sentada en el sofá, fumando; estaba en salto de cama, como la noche anterior. Sólo que ahora era de color azul. Lo demás, idéntico: muy cortito y transparente.

—Ya encontraremos otro —dijo Milva.

—Seguramente. Pero Mario Leontini tenía muy buena fama. Hasta el punto de que, al verlo conmigo, pensaban que yo me estaba volviendo bueno, no él malo.

Milva soltó una risita divertida, cantarina.

—¡No exageres, Luigi! —exclamó.

Enrico y Giovanni también rieron. Pieronte parecía en verdad disgustado.

—Debimos liquidar antes a Salvatore... —masculló—. Pero hemos querido ser demasiado cautos, conservarlo vivo un tiempo, buscando el modo de simular bien un accidente... No importan los dólares que le hayamos dado... Miseria. Pero debimos liquidarlo antes, no querer hacer las cosas tan..., tan bien.

—Fue idea tuya, como lo demás.

—¡Ya lo sé! ¡Y ojalá lo hubiésemos matado antes! De haberlo hecho, al llegar Mario esta noche al almacén no habría encontrado allí a Thorpe y Sands...

—Ellos tenían que meter a Salvatore Rossi en un tonel... ¿Qué otra cosa podrían hacer cuando Mario los ha sorprendido? Han tenido que matarlo, y avisarnos a nosotros desde el mismo almacén... Oh, vamos, Luigi, deja de preocuparte... Waldon y Justino ya deben haber recogido los toneles en el camión, y deben estar viajando ahora hacia Plainfield, a ver a Douglas... Han desaparecido Paolo Mazzola, Salvatore Rossi y Mario Leontini... ¿Y qué?

—Otra cosa que es peligrosa es el empleo de un camión diferente a los que hay en el almacén... Si allá hay tres camiones, ¿por qué utilizar otro distinto? —deslizó Enrico.

—Eso tendría explicación si alguien lo preguntara. Diríamos que había que enviar solamente tres toneles y que yo decidí utilizar un camión más pequeño, y dejar los grandes de Mario para el reparto importante del día siguiente... —masculló Pieronte—. Por ahí no hay cuidado... De lo que sí me arrepiento es de no haber liquidado antes a Sergio Leontini. Le hemos tenido consideración, para que Mario no efectuase averiguaciones si su hermano desaparecía... Y a cambio, él se pasa la vida preguntando cosas...

—Bueno... Le vimos con Paolo Mazzola, le vimos esta tarde visitar a Salvatore y enviar fuera de la casa a la chica... Salvatore y Paolo están muertos. También Mario... ¿Por qué preocuparnos tanto?

Pieronte miró a Milva. Realmente, la frialdad y la seguridad de la ella estaban justificadas. ¿Qué podía ocurrir si alguien hacía averiguaciones? Nada. No ocurriría nada. Como otras muchas veces, tanto la policía como el

F. B. I.

si se decidía a intervenir nuevamente se encontrarían ante el muro

impenetrable del terror que inspiraba la Cosa Nostra.

—En fin... Creo que tienes razón. Esperaremos a que Justino y Waldon regresen y nos digan que todo ha ido bien, y... ¡a olvidar el asunto!

—Así se habla... —sonrió Milva—. Lo demás, se arreglará por sí solo. Si tenemos que dejar lo de los toneles de vino, ya encontraremos otra cosa... ¿Me sirves otro *whisky*, Enrico?

Luigi Pieronte miró su reloj.

—Las diez y media... Llegarán a Plainfield hacia las doce... Y si nos llaman desde allá, dentro de hora y media, podremos irnos a dormir tranquilamente... ¡Maldita sea, me irrita que ocurran estas contrariedades cuando empezábamos a extendernos ocupando toda la ciudad, casi rebasándola! Podríamos...

El sonido del timbre le hizo callar. Se miraron unos a otros, desconcertados y un poco preocupados.

—Iré a ver... —sonrió despectivamente Milva—. ¿Acaso tenemos algo que temer?

Salió del *living*. Los demás quedaron pensativos, fruncido el ceño... Cuando oyeron que regresaba, acompañada de alguien, miraron hacia la puerta.

Luigi Pieronte se puso en pie al ver aparecer a Sergio Leontini junto a Milva, cuya expresión reflejaba no poca inquietud y un definitivo desconcierto.

—Leontini —musitó Pieronte—. ¿Qué hace aquí?

—¿No está Mario? —preguntó amablemente Sergio.

—No.

Leontini miró a Milva.

—Cuando me llamaste, estaba mi madre, de modo que tuve que simular que no te conocía, para que no supiese que yo... había querido espiar a la novia de mi hermano... ¿No localizaste a Mario en el almacén?

—No.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Claro... ¿Qué ocurre, Sergio?

—¿No sabéis lo que ha ocurrido en el almacén?

—No... Noooo... ¿Qué... ha ocurrido?

—¿De verdad no sabéis nada?

—¡Claro que no! ¿Qué ha pasado? —Casi gritó Milva.

Sergio se dejó caer en un sillón y se quedó mirándola con una fría sonrisa que estremeció a Milva.

—Bien... Si no sabéis nada de lo ocurrido en el almacén, quiere decir que no habéis podido avisar a Douglas D. Paxon. Estupendo. Caerá como un conejo.

—¿Qué..., qué...?

Enrico y Giovanni, a una seña del palidísimo Pieronte, llevaron las manos hacia el pecho... Pero una pistola apareció en la diestra de Sergio Leontini, en verdad como por arte de magia, mientras su mirada se fijaba malignamente en los guardaespaldas.

—Adelante... —musitó—. Será un placer, asesinos. Vamos, vamos: sacad las pistolas.

Nadie se movió. El más pálido era Luigi Pieronte, pero Milva temblaba violentamente, y parecía notar todavía el frío que le había clavado en el cuerpo la mirada de Sergio Leontini.

—¿No? —sonrió éste—. Pues, entonces, apartad las manos de ahí. Y tú, Milva, ve hacia allá y quítales las pistolas. Quiero que lo hagas despacio, sólo con dos deditos, y que luego las tires por el suelo hacia mí. ¿Lleva usted pistola, Luigi?

—No.

—Claro... Es demasiado listo para eso, ¿no? Siéntese, siéntese, no gaste cumplidos conmigo... Adelante, Milva: las pistolas.

Milva Assunto obedeció. De pronto, Sergio Leontini no le parecía ni siquiera una pizca de tonto. Y sus ojos parecían llegar mucho más allá de lo normal, como si, además, pudiesen captar pensamientos... Les quitó las pistolas a Enrico y Giovanni, las tiró hacia Leontini y se quedó mirándolo.

—¿Y ahora? —musitó.

—Siéntate. Y vosotros dos, también. Todos juntos, en el sofá. De cara a mí, mirándome a los ojos y sin mover ni una pestaña. Tendremos que esperar.

—Esperar..., ¿qué? —masculló Pieronte.

—Noticias. Sólo noticias... Se me ha acusado de que, al querer venir yo aquí, quizá lo hiciese por deseos personales de venganza... Y quiero demostrar que no es cierto. Por eso, esperaremos hasta que me digan que todo ha ido bien, y que la Cosa Nostra de su grupo, Pieronte, ya no tiene escapatoria.

—¿De qué está hablando?

—De toneles de vino, de cadáveres, de un cementerio particular, de asesinatos, de la muerte de mi hermano Mario... El cual, por cierto, no está viajando sumergido en vino hacia Plainfield. Ni tampoco Salvatore Rossi. Mucho temo que el señor Douglas D. Paxon y sus amigos de Plainfield lo van a pasar muy mal, Luigi.

—No sé de qué está hablando...

Sergio sonrió fríamente de nuevo. Sacó el falso paquete de cigarrillos, hizo conexión y, en el acto, se oyó una voz.

—Adelante.

—Leontini, Daniel. ¿Todo bien por ahí fuera?

—Todo bien. ¿Y ahí dentro?

—También. Voy a esperar noticias, con la radio abierta. Hasta que no sepa que todo ha ido bien en Plainfield, me consideraré un simple invitado de Milva Assunto, un... visitante.

—Es perder el tiempo...

—No importa. Tenemos mucho tiempo, Daniel. Y yo no quiero que se me pueda decir que obré... precipitadamente, impulsado por motivos personales de venganza. Esperaré.

—Está bien, Leontini. Steve tiene la radio central abajo. Nos informará a su debido tiempo de lo que suceda en Plainfield.

—De acuerdo. Hasta luego, Daniel.

Guardó la radio, encendió un cigarrillo que cogió del paquete que había sobre la mesita del *living*, y fue mirando malignamente de uno a otro de sus prisioneros.

—No creo que tengamos que esperar más de dos horas... Pónganse cómodos.

* * *

—Las doce y veinticinco —musitó Sergio Leontini, tras mirar rápidamente su reloj—. Parece que la cosa va en serio allá...

—¿Puedo beber algo? —susurró Pieronte.

—No. Y estese quieto si quiere llegar vivo a su juicio, Luigi. No me prive de ese placer.

—Sergio —dijo de pronto Milva—. ¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué todo esto? Llevamos aquí casi dos horas, no nos dejás movernos, ni hablar...

—Nada de eso es necesario. Cierra la boca.

—Pero deberías explicarnos... —Milva se puso en pie, vacilante,

como temiendo recibir un balazo; pero al ver que Sergio se limitaba a mirarla fríamente, adelantó unos pasos—. Tú estás en un error muy grande, Sergio... ¿Por qué no permites que expliquemos lo que no Comprendes?

—Explícalo. Te escucho.

—Primero dime qué quieres de nosotros... No comprendemos nada de lo que has dicho, no...

—Si eso es todo lo que quieres decir, vuelve a sentarte.

Milva adelantó unos pasos más.

—Pero ¡tienes que darnos una explicación!

—La tendréis a su debido tiempo... No te acerques más, Milva. Ya es suficiente.

—Yo sólo quiero...

Milva Assunto saltó de pronto hacia Sergio, como una gata furiosa. Saltó desde muy cerca ya, convencida de que iba a sorprender a Sergio Leontini, más que convencida de que podría sujetar su mano, dando tiempo a Enrico y Giovanni de entrar en acción...

Pero sus manos no se clavaron en la muñeca de Leontini, que la esquivó limpiamente, dejándola estrellarse contra el sillón, gritando de miedo y sorpresa. Rebotó, recobró la vertical furiosamente... y recibió un bofetón tremendo, que la tiró rodando por el piso, agitados sus cabellos y su camisita corta de deshabillé...

Sergio se volvió como una centella hacia Enrico y Giovanni, que ya habían saltado hacia él. Por un momento, pareció que fuese a disparar contra los dos corpulentos guardaespaldas, pero un extraño destello de complacencia pasó por sus ojos oscuros.

Y en lugar de disparar, esperó a pie firme la acometida, guardando la pistola en un bolsillo de la chaqueta. Enrico fue el primero en llegar ante él... y, por tanto, el primero en recibir el espantoso puñetazo en plena boca; un impacto tan formidable que crujieron todos sus dientes, y mientras sus pies continuaban la carrera, su cabeza pareció saltar hacia atrás... Como consecuencia de este desacuerdo, sus pies se alzaron, pareció ir a quedar suspendido unos segundos en el aire y cayó pesadamente, de espaldas...

Mientras Giovanni lanzaba un terrorífico puñetazo a la cabeza de Sergio Leontini, sobre la marcha. Todo lo que hizo Sergio

Leontini fue inclinarse y adelantar un pie; y Giovanni, lanzado por la marcha de sus pies y la fuerza de su golpe, tropezó en el pie, saltó en una vuelta completa y cayó de cabeza al iniciar la segunda.

Luigi Pieronte, mientras tanto, corría hacia la puerta. Pero, como si tuviese el don de la ubicuidad, Sergio Leontini apareció ante él mostrando una congelada sonrisa. Lo detuvo de un corto al estómago, le estrujó el hígado de un zurdazo, le partió una ceja de un directo..., y Luigi Pieronte salid volando hacia atrás, cruzando su trayectoria por encima de Enrico, que empezaba a ponerse en pie, echando sangre por la boca... Y todavía echó más cuando el punterazo de Leontini le partió los labios y algunos dientes. Se dobló hacia atrás, y entonces recibió el otro punterazo, en pleno estómago. Se encogió hacia delante, lívido como un muerto, y el siguiente punterazo, alcanzándole en la barbilla, pareció a punto de arrancarle la cabeza. Pero no. Todo lo que pasó fue que Enrico se derrumbó como un muerto.

Giovanni lanzaba en aquel momento el doble golpe a los riñones de Sergio, por detrás. Y acertó. Pero, al contrario del día anterior, el golpe no pareció hacer el menor efecto en Sergio Leontini, que ni siquiera se estremeció. Y mientras Giovanni estaba todavía con la impresión de haber golpeado una barra de hierro, el golpe de karate le alcanzó de lleno sobre la nariz, rompiendo el hueso como si fuera una galleta. Giovanni lanzó un alarido y cayó de rodillas, ciego de dolor, con la cabeza convertida en una cámara de explosivos. El segundo golpe de karate le dio en un lado de la cara, tirándolo de lado, con la mandíbula rota, desvanecido.

Luigi Pieronte corría de nuevo hacia la puerta, tambaleándose, mientras Milva se deslizaba debajo de un sillón, en busca de las pistolas de Enrico y Giovanni, que Sergio había escondido allí...

Sergio la asió por los tobillos y tiró rudamente, con lo que la azul camisita transparente quedó en poco más que un echarpe sobre los hombros y cuello de Milva, que salió disparada hacia Pieronte, gritando en el aire... El encontronazo lanzó a Pieronte contra el quicio de la puerta, y cuando apenas había rebotado, Sergio Leontini estaba de nuevo ante él.

—¡No, no...! —aulló.

Se tapó el ensangrentado rostro con las manos... y recibió un corto de tal envergadura en el estómago, que tuvo la sensación de

que acababan de partirlo en dos. Bajó las manos, encogiéndose, lívido, sin respiración... y el puñetazo le alcanzó de lleno en la barbilla, alzándolo un par de pulgadas y tirándolo de espaldas sobre el piso desvanecido.

La única que continuaba conservando el sentido era Milva, que ya no se atrevía a moverse, mirando con ojos desorbitados a Sergio Leontini, el cual pareció un poco decepcionado cuando se dio cuenta de que era el único en pie, incólume el rostro en aquella ocasión.

Se quedó mirándola con maligna sonrisa unos segundos. Luego, fue al bar del rincón, echó *whisky* en un vaso, bebió un sorbito y, tras humedecer el pañuelo, se frotó suavemente los nudillos, volviendo a mirar de aquel modo tan maligno, como regocijado, a Milva Assunto.

—Tapa tus encantos y siéntate otra vez —dijo afablemente Leontini—. No vas a impresionarme. Y gracias por la oportunidad. ¡Siéntate, te digo!

Milva casi corrió hacia el sofá, tropezando con los cuerpos inertes de sus compañeros. Se sentó allí, chocando sus rodillas, temblando las manos, todavía desorbitados los ojos. Sergio salió de detrás del pequeño bar, con la botella de *whisky* en una mano. Se dedicó a ir vertiendo chorritos encima de Enrico, Giovanni y Luigi, que se despejaron debido más que nada al escozor del *whisky* sobre sus heridas. No fue necesario que Leontini les indicara lo que debían hacer: volvieron al sofá, tambaleándose, sangrando, encogidos...

Leontini volvió a ocupar su sillón, mirando siempre sonriente, como un tigre invencible, a sus prisioneros. Encendió otro cigarrillo, y eso fue todo.

Hasta tres minutos más tarde, en que se oyó la voz de Daniel en la radio:

—Leontini.

—Adelante, Daniel.

—Está hecho. Han atrapado a Douglas D. Paxson y a cinco más, que estaban encargados del cementerio de la Cosa Nostra. Paxson tiene un bar, y allá recibía los toneles. Vaciaba el vino, y por la noche se llevaba los cadáveres, en su coche, a una cabaña que tiene junto al Raritan River, a unas diez o doce millas de Plainfield. A

poca distancia de la cabaña está el cementerio... Hay una gruta, tapada, de enormes dimensiones por dentro, pero con una entrada pequeñísima... Lo engañaron a él y a sus hombres, los siguieron hasta allí... Llevaban el cadáver de Paolo Mazzola... Menos mal que dejamos un cadáver en los toneles, pues de otro modo sólo habríamos descubierto el bar, pero quizá no el cementerio...

—¿Los tienen a todos?

—Ya te digo que sí. Leontini, hay allá más de sesenta cadáveres... Algo espantoso. Están enterrados casi a ras del suelo, sin señal de ninguna clase... Uno de los primeros cadáveres que han encontrado es el de nuestro compañero.

—Está bien, Daniel. Todo terminó. Voy a salir con Pieronte y los demás ahora.

—Estamos esperando.

Sergio guardó la radio y se quedó mirando a sus prisioneros. Señaló de pronto hacia la salida.

—En marcha. Y por si os sirve de consuelo por haber sido vapuleados, podéis saber ahora que quien os ha roto la cara no es un contable móvil más que de fachada. En realidad, soy agente del FBI, destinado en la Delegación de San Diego, California, enviado en misión especial al barrio italiano de Nueva York cuando se supo que de allí procedía yo y que tenía mi familia residiendo todavía en ese barrio. Fui seleccionado en los Ficheros de Washington como el agente especial más idóneo para atravesar el muro impenetrable..., y parece que lo he conseguido. Una vez más parece que mis esfuerzos durante doce años han valido la pena: estudios, entrenamiento físico, Universidad... Fue muy duro entrar en el FBI, pero esto lo compensa todo sobradamente... ¿Alguna pregunta, caballeros?

No había preguntas. Sólo unas miradas llenas de temor y al mismo tiempo odio, dirigidas al duro, seco rostro de nariz rota y sonrisa amable, que había podido engañarlos a todos.

Como siempre, el FBI había enviado al hombre adecuado.

ESTE ES EL FINAL

Salieron silenciosos y tristes del cementerio los tres, cogidas del brazo las dos mujeres...

Sergio señaló el coche que se veía cerca de allí.

—Mis compañeros de Nueva York se han ofrecido a llevarnos al aeropuerto, mamma.

—¿Ya..., ya lo tienes... todo arreglado...?

—Sí, mamma. Podemos irnos. Ya te dije que tengo los billetes para el avión...

—¿Vamos... a dejar solo a Mario y a Salvatore...?

—Los muertos sólo necesitan paz, mamma. Y cualquier cementerio puede ofrecérselo. Incluso aquel de la Cosa Nostra... Los cementerios no tienen nada de malo, porque sólo hay muertos que quieren paz; son los vivos los que necesitan cuidados, y amor, y un trabajo honrado... Los muertos queridos, estén donde estén, siempre están con nosotros.

—Pero siempre es mejor... estar con los vivos queridos, Sergio.

—Sí, mamma. Por eso te pido que vengas conmigo a California, a Chula Vista... En eso no os mentí... Por eso quiero que tú y Ángela vengáis allá conmigo...

—Yo iré siempre contigo —musitó Ángela.

Mamma María asintió, sonriente de pronto, con una expresión dulce, casi alegre.

—Y yo también... Y Mario también viene con nosotros, ¿no es cierto, mi piccolo Sergio?

El

G-man

notó un nudo en la garganta, pero consiguió sonreír de aquel modo suyo, tan amable y confiado.

—Sí, mamma. Mario también viene con nosotros.

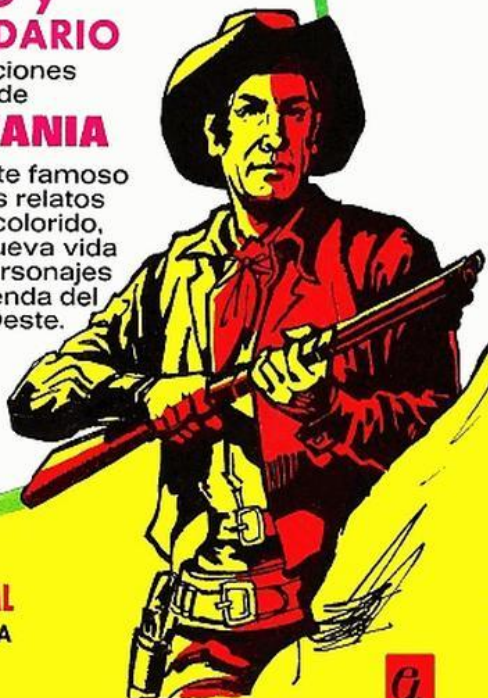
FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...